



Universidad Autónoma
del Estado de México

Entre lo oculto y lo perdido

ARLEN NAOMI SERRANO SOLACHE





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Docencia

Doctora en Farmacia y Tecnología Farmacéutica
Mariana Ortiz Reynoso
*Encargada del Despacho de la Secretaría
de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Administrativas
María Esther Aurora Contreras Lara Vega
Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Maestra en Administración de Tecnologías de la Información
Jeanett Mendoza Colín
*Encargada del Despacho de la Secretaría
de Administración*

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Titular de la Oficina de la Abogacía General

Maestra en Salud Animal
Trinidad Beltrán León
Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Alcántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Maestro en Administración Pública
Juan Bernal Aguirre
*Encargado del Despacho de la Dirección de Centros
Universitarios y Unidades Académicas
Profesionales Región A y B*

Doctora en Ciencias en Ciencias Agrarias
Cristina González Pérez
*Encargada del Despacho de la Secretaría de Proyectos
Especiales y Proyección Universitaria*

Entre lo oculto y lo perdido

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Quinto Concurso Universitario de Literatura
“Horacio Zúñiga Anaya” 2024

Jurado

Guillermo Gaxiola

Comité organizador

María de las Mercedes Portilla Luja

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

Entre lo oculto y lo perdido

Arlen Naomi Serrano Solache



Universidad Autónoma del Estado de México

“2025, 195 años de la apertura del Instituto Literario en la ciudad de Toluca”

Primera edición, abril 2025

Entre lo oculto y lo perdido

Arlen Naomi Serrano Solache

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas
(Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-989-3

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Coordinación de diseño y portada: Luis Alberto

Maldonado Barraza

Corrección de estilo: Silvia Martínez García y

Nadia Del Pino Tovar

Formación: Antonia Aguilar Araujo



CONTENIDO

- | | |
|----|--|
| 11 | PRESENTACIÓN |
| 15 | TELEGRAMA |
| 21 | ÁLMAS DE CUARZO |
| 31 | ENCARCELADO EN EL
LABERINTO DE PALABRAS |
| 47 | EL TREN |
| 49 | MAKEITZLA. OJOS COLOR
ESTRELLA |

61	TRESCIENTOS CINCUENTA Y CUATRO
71	¿Y LA SEÑORA?
83	RETRATO
95	LA MOSCA
103	REFLEJO
111	CONTRATO COLOR CARMESÍ
123	UNA NOCHE CON EL HAW
127	MUERTE, BESTIA DE NEGRO
143	LA MUJER QUE MIRA
161	COMBUSTIÓN

- 167 CENTRO VACACIONAL PARA
EXTRATERRESTRES VERDES A. C.
- 175 LA CALLE DE LAS SOMBRAS
- 181 MASTICANDO COMPLACENCIAS
- 193 ETIQUETAS DE
CONFIDENCIALIDAD

PRESENTACIÓN

El propósito de construir proyectos que alienten el talento entre las y los estudiantes permite el desarrollo de la ciencia, la cultura, las artes y las letras. Es por ello que la Universidad Autónoma del Estado de México promueve el Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya”, cuya finalidad es constituir un espacio de expresión y comunicación para las y los integrantes de la comunidad estudiantil de nivel medio superior y superior de esta casa de estudios.

Este certamen proporciona oportunidades para expandir el pensamiento crítico y artístico, la imaginación y la creación literaria a partir de la escritura, con el objetivo de expandir el conocimiento y fomentar el interés por la lectura al difundir obras tanto actuales como novedosas.

En la quinta edición de este concurso, la galardonada en la categoría de narrativa fue Arlen Naomi Serrano Solache, alumna de la Facultad de Humanidades, por su obra *Entre lo oculto y lo perdido*. En cuanto a poesía, el premio se otorgó a Diego Salomón Hernández García, también estudiante de

la Facultad de Humanidades, por su poemario *El tiempo que yo he soñado*.

El trabajo que se realiza desde nuestra casa verde y oro permite reconsiderar a la literatura como un espacio, no solo de entretenimiento, sino también como un mundo nuevo lleno de vidas y lugares, vistos desde múltiples perspectivas. Nuestra Universidad corrobora su compromiso con la difusión de las diversas manifestaciones de la cultura y el arte como parte del desarrollo individual y colectivo de la comunidad estudiantil.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

*A mi abuelo, Roberto Solache Danis,
quien compartió conmigo el sueño
de ver un libro escrito y publicado.
Pero a quien la vida me arrancó antes de tiempo.*



TeleGramma

Ciudad X, el # de ## de ####

Responsiva complaciente de un creyente deshonesto

Entrega hoy un panfleto difícil ante los letrados, y poco ortodoxo a los más necesitados de conocimiento. No vale la pena pensar que se tratase de una biografía de algún conocido o afamado diplomático, porque eso condenaría la naturaleza de tan inoportuno mensaje que estoy por dar.

El motivo de lo escrito tiene que ver con la incontable cantidad de veces que el sujeto se ha desarmado en la avenida principal de X ciudad, deteniendo el tráfico con el desorden de fonemas que se han quedado regados por toda la vereda. Razón por la cual se le hace una atenta invitación a que siga manteniendo la compostura y evite que los políglotas e intelectuales detengan su camino por falta de lexemas.

Si por alguna razón improbable volvieran a ocurrir los hechos aquí atestiguados por el declarante creyente deshonesto, la condena ante sus atrocidades será inapelable. Una pena de 10 años de falsedad ante las normas públicas del lenguaje, castigando su lingüística y condenando cada significado que pueda ocurrir en su cabeza.

La ciudad no permitirá que se quede, ante esta situación, con los grafemas cruzados por falta de ética lingüística, mucho menos que corrija a las variaciones que se presenten durante su camino diario. Cualquier autoridad RAÉtica ha quedado avisada y autorizada para hacer uso de la ley ante la incómoda e indeseable situación que usted conoce ya —la asamblea de colegas ha determinado que, a la más mínima provocación de diacronía, el castigo se volverá inaudito e inapelable. Cabe aclarar que aquella entrará en vigor al momento de que este papel llegue a las manos de aquellos que no toleran las inconsistencias de la semántica y sus campos, dejando de lado los pocos escrúpulos que aguardan sus letras—. Por lo que este telegrama le sirva de aviso para estar enterado de lo estipulado en la sociedad que compone. Y si surgiera alguna aclaración a los preceptos

presentados, podrá ser reclamada a la brevedad ante un tribunal; pero inmediatamente rechazada por falta de fondos en el banco diplomático de la ciudad.

Se recomienda acatar cada uno de los mandamientos, y permanecer a la vista de todos para evitar más conflictos.

Comunicarse al ### ### #####
para acuse de recibido.

Grupo anti//prescriptivistas de la ciudad X

Los hombres, deshuesados,
gritaban a los anchos mundos.
Y ninguno sobrevivió al terror
del vacío, a la soledad de
un dios no nacido.





ALMAS DE CUARZO

Fue a través de la llama que se me mostró el origen de todo, el fuego se tornó azul y un laberinto de implacable sed despertó a la criatura en el más allá.

Todo comenzó en algún momento de algún día de alguna eternidad, cuando un cuerpo de éter flotaba por los largos campos de la vaciedad, explorando las estrellas y el universo, dando enérgicos giros por el espacio infinito junto a la soledad. Cuando muy al fondo del camino, divisó un pequeño círculo de irregular color; la inercia y la curiosidad lo acercaron incesablemente a aquel objeto que flotaba en el negro desierto. Al llegar a él, pudo notar cómo una luz parpadeaba levemente en su interior, una conciencia descansaba ahí.

Para poder tocar aquello, comenzó a transformarse en materia: un cuerpo que

percibiera los olores, sonidos, texturas y colores. Un ave negra de gran altura fue lo que pudo lograr, su enorme pico comenzó a clavar en el rasposo objeto que palpitaba luz. Luego de tener espacio suficiente para meter su cabeza, se acercó, y en lo más profundo de la masa vio descansar a un ser de extraña forma —dos brazos, un torso, dos piernas y una cabeza, un solo ojo que en su pupila encarnaba al segundo—, lo miró por un par de segundos y enseguida entendió.

El silencio invadió cada centímetro del vasto espacio. El cuervo dio un brinco al interior de la esfera y colocó su rostro frente al de la criatura, que abrió con energía su segundo ojo; el ave miró y de inmediato ingresó en la profundidad de su conciencia: podía sentir las estrellas, el mar, los árboles, la brisa, el fuego...

En una tarde de algún día, Nahia paseaba por lo más profundo del mar en busca de una forma qué adoptar, cuando cerca de donde estaba percibió una vibración extraña, nueva.

Subió cautelosamente a la superficie y se asomó un poco fuera del agua, no podía ver ni oír, pero algo raro la llamaba. Comenzó a moverse en un radio no tan lejano al lugar del que había emergido, mientras las olas del mar la mecían suavemente, como si danzara; pocos metros de donde se encontraba sintió un pinchazo, se había acercado suficiente a aquel sondeo. Tomó la forma de un pez y observó con sus pequeños ojos que una esfera dorada estaba estática encima de ella; era tan brillante y hermosa que una lágrima brotó de su cuerpo. Siendo un pez no podía tocarla, así que nadó hasta la playa y se convirtió en humana. Caminó hasta donde estaba la esfera y con su delgado dedo la tocó. Una inmensa cantidad de sensaciones la invadieron; era como si un cosquilleo recorriera cada rincón del cuerpo y le disparara por dentro una avalancha de pulsiones.

Después de unos segundos de sentidos, la esfera se movió rápidamente a la playa, como

indicándole a Nahia que la siguiera. Ella, intrigada por la naturaleza del ser, se movió hasta allá, extendiendo nuevamente su dedo para tocarla. En cuanto la yema sintió la luz, esta explotó y se transformó en una figura humana; ambos entes se miraban fijamente, ladeando sus cabezas, buscando entenderse.

En ningún momento emitieron algún sonido de sus bocas; el tacto de sus dedos era lenguaje suficiente para que ambas entendieran su naturaleza. Sus ojos comunicaban más palabras de las que cualquier lenguaje alguna vez jamás pudo decir.

Las dos figuras entendieron que venían del mismo lugar, estaban creadas con la misma cosa, y pronto comprendieron que su encuentro tenía un propósito. Volvieron a tornarse esferas, se sumergieron en el agua y avanzaron por las profundidades del mar. Lo fueron quizá un par de minutos o un par de meses; no sabrían expresarlo, no existía el tiempo entonces. Luego decidieron regresar a la superficie.

Ambas energías decidieron tomar la forma humana, desnudas de experiencias y de cuerpo; los dedos de Nahia comenzaron a danzar felizmente por el cabello que caía de la cabeza de Gea; podía sentir lo suave y delicado de cada uno, el color café de su piel, el sonido de las olas y el aroma de la arena; Gea tomó la mano de Nahia y comenzaron a caminar bajo el sol, por el húmedo suelo y el vasto cielo. Mirando el azul celeste, se detuvieron y sus corazones se abrazaron con tal ímpetu que sus cuerpos se convirtieron en polvo. Aquellas energías se volvieron una sola, hicieron explotar el espacio y el tiempo, construyéndolo de nuevo al mismo tiempo. El sonido de sus mundanas pieles rozaba los abismos más profundos mientras sus cuerpos entrelazados por sus almas tejían los caminos del destino, meciéndose al compás de las olas del mar.

Fue aquel gesto de amor el que creó el mundo, dos almas de cuarzo que se fragmentaron y se fundieron sin temor alguno para dar origen

a algo más grande y poderoso que el universo. Una vez culminado el acto, ambas mujeres explotaron en forma de arena, que el mar arrastró y volcó sobre cada parte de tierra en el planeta, llenando de agua cada rincón; después regresó a su playa, calmado y satisfecho, provocando en cada lugar el nacimiento de los animales y plantas que poblarían el nuevo mundo.

Los siglos transcurrieron y los pobladores se acoplaron al entorno, no había ser que irrumpiera su ciclo natural. Hasta que un día, las profundidades del mar arrojaron por accidente una masa de arena —con dos piernas, dos brazos, un torso, y una cabeza sin ojos, boca, oídos, tacto y cabello—. El agua, en su intento por regresarla al fondo, dejó escapar otras dos. Estas aún no debían aparecer en el mundo, su tiempo estaba destinado para muchos siglos más, pero el mar no las pudo detener.

Con el paso de los años, las figuras de arena se endurecieron por el sol, ya no estaban cerca

del mar, y recorrían los confines del planeta, explorándolo todo. Un día, cuando una de ellas caminaba por la playa de donde salió, se encontró un cabello largo y café enredado en la arena. Lo levantó y lo frotó en las rasposas palmas de sus manos; pronto, lo áspero se volvió en tierra y el cabello se hundió en ella.

En los siguientes días comenzaron a salirle dos orejas pequeñas, y cuando escuchó por primera vez el cantar de los pájaros, las olas del mar, el viento rozando las copas de los árboles y su enérgico andar, su cuerpo no resistió la impresión. Se desintegró, convirtiéndose en un montón de arena.

El cabello quedó al descubierto de nuevo, en algún punto la segunda figura lo halló y no soportó la inmensidad de la vista al encontrar tantos colores en cada espacio de la tierra; se desplomó. A la última le apareció una boca, con la que se dedicó a probar cada fruto que encontró a su paso, y de tan sublimes sabores

padeció; y así, el mar volvió a arrastrar los tres montones de arena a sus profundidades.

Muchos siglos debieron pasar para que el agua nuevamente dejara salir algo de sí. Esta vez se trataba de un ser que igualmente se hizo duro con el sol, ya podía ver, oír y probar. Explotó cada una de sus capacidades, viviendo plenamente con la naturaleza. Se convirtió en un gran forjador de alma pura; el mar, al ver la sencillez de la figura, decidió darle compañía y emanó una figura idéntica a ella. Ambas vivían tranquilamente en aquel basto mundo, y por cada siglo que pasaba, el mar les regalaba otro compañero.

Mucho tiempo después, cuando el mundo estaba poblado de ellos, iniciaron las peleas por la tierra y la comida; muchos murieron de sequedad por el sol y se convirtieron en arena infértil. Iniciaron un régimen político y pronto comenzaron a comercializar cada cosa que tenían. Construyeron casas y destruyeron la tierra, generaron conciencia y acabaron con

todo a su paso. Dejaron el mundo convertido en un desierto sin mar ni plantas ni aves. Profanaron el mundo sagrado de Gea y Nahia, cavando su propia tumba con la destrucción. Al desaparecer el mar, comenzaron a enloquecer. Habían matado a su creador.

La criatura dentro de la esfera era todo lo que había quedado de aquel evento, en un lugar donde a lo largo de los siglos solo reinó el caos y la crueldad, donde los hombres se quitaban la vida para estar más cerca de Dios.

El ser cerró su segundo ojo, y el cuervo regresó a su realidad, consciente del nacimiento de una civilización y de su propia destrucción. Una vez más, tras el incontrolable peligro que capturó su alma, se transformó en éter y continuó su rumbo por el vacío. La masa se expandió en la esfera hasta reventar y se convirtió en polvo brillante para alumbrar.



ENCARCELADO EN EL LABERINTO DE PALABRAS

Arribo, ahora, al inefable centro de mi relato;
empieza, aquí, mi desesperación de escritor.
Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo
ejercicio presupone un pasado que
los interlocutores comparten.

BORGES, 1949

—¿Estará lista para el siguiente mes? —dijo
doña Claudia mientras se acomodaba los largos
rizos que le colgaban de la cabeza—. Tengo una
reunión con el consejo del Estado y pretendo
dar las mejores impresiones a los invitados, la
pondré en el centro del salón principal para que
todo el mundo la adule.

—Usted no se apure, Claudia, solo estoy
arreglando unos últimos detalles y yo mismo
la iré a entregar a su casa —respondió Miguel
mientras le sudaban las manos.

Poco después la mujer desapareció del taller y Miguel corrió a toda prisa para disponerse a trabajar; mientras buscaba sus herramientas por la casa, no pudo evitar imaginarse lo mucho que estaría impresionada la gente en aquella fiesta una vez que su escultura deslumbrara la pista. Uy, ya lo veía venir, una tonelada de mujeres ricas y políticos influyentes se morirían por tener alguno de sus trabajos en sus grandes y costosas casas, mientras él nadaba en dinero. Al fin podría dejar de mendigar en los museos y tendría economía suficiente para irse de vacaciones y vivir holgadamente.

Pero un fuerte sonido lo sacó de su ensueño, un crujir de platos y vasos que provenían del piso del comedor, Clemente había subido al estante y como todos los gatos, comenzó a tirar cosas por diversión. Miguel cayó de nuevo por un golpe de realidad, si en verdad quería vivir de esa manera, tenía que buscar la forma de llegar a la perfección en su nuevo encargo.

Llevó todas sus herramientas al patio y se sentó. ¿Cómo se supone que crearía la perfección de una figura inexistente?, se preguntó. Hace tiempo había leído el Quijote, pero en realidad no recordaba la descripción de aquel señor. Comenzó con un boceto en una hoja de papel, y cuando al fin le convenció, se dispuso a esculpir.

—Sin duda este es mi momento, todos mis amigos al fin entenderán que el arte no es cuestión de gente loca —decía. Y sin darse cuenta, vertió en la mezcla una severa cantidad de aceite de maíz. Por seguir pensando en el futuro, confundió la botella del solvente y había tomado la incorrecta. En su desesperación por arreglar el error, agregó más yeso a la mezcla, con la esperanza de que no tuviera ningún efecto negativo.

Cuando estuvo lista su pasta, comenzó a esculpir su figura, ocupó cada minuto del día para llegar a un nivel de detalle impresionante. Se dispuso a no levantarse de su banco hasta tener terminado al personaje, sin duda alguna,

sería su boletó al estrellato; después de largas horas al fin culminó. —Una verdadera obra de arte —se decía mientras aplaudía para sí mismo. La figura gallarda, casi de su tamaño, con una hermosa armadura y un increíble rostro se encontraba frente a él.

Miguel se dio por satisfecho y decidió irse a la cama, tendría que esperar un par de días más para que secase y la pudiera pintar. Durante la mañana siguiente, reposaba en su habitación con una enorme sonrisa en la cara, hasta que percibió un escándalo afuera.

—Ese maldito gato, ¡cuándo entenderá que en esta casa solo busco paz! ¡Clemente! ¿Ahora qué hiciste? Gato mal educado, ahorita me las pagarás.

Salió a toda prisa de la habitación y buscó en la cocina al sospechoso, pero Clemente no estaba ahí. Así comenzó a recorrer el baño, la sala y el comedor, pero no había señal del gato. —Quizá solo fue un vecino ruidoso o alguien en

la calle —se dijo, pero en cuanto se dio la vuelta para regresar a su cama, el estruendo comenzó nuevamente. Esta vez sí pudo percibir el ruido, emanaba del patio.

Rápidamente se acercó a la puerta, y cuando estaba a punto de jalar la manija, una voz en el exterior lo detuvo. No sabía qué decía, no lograba entender debido al bajo volumen del discurso. Él no había invitado a nadie, y su hermano no tenía la llave de su casa, así que eso significaba que era un intruso; pegó la oreja a la puerta y escuchó con cautela, definitivamente no era una voz conocida. —¿Un ladrón?... ¡NO, SEGURAMENTE SE QUIERE LLEVAR MI ESCULTURA!

Abrió la puerta con violencia, listo para atacar a aquel que le arrebatara su futuro, pero no había ladrón... lo que vio lo dejó petrificado.

Una figura blanca y bigotuda lo observaba fijamente con el gato en los brazos, Miguel pudo reconocer que era su escultura. Ambos

se miraron por largos segundos, tratando de entender qué era lo que estaba sucediendo mientras la tensión invadía el aire.

—Vuestro caballo está algo malogrado, caballero. ¿Sería tan cortés de decidme de qué especie se trata? —Pero Miguel no pudo responder. —En su defecto, ¿habéis visto a mi guarro escudero? Parece que se ha marchado y me ha dejado. Anda, caballero que mal andes, por el Dios que criome.

Al escultor le tomó al menos media hora poder entender lo que acontecía: tenía una figura del Quijote viva frente a él. ¿Pero qué era lo que había ocasionado semejante cosa?, y justo en ese momento recordó... aquel ingrediente equivocado era lo que cambió todo. Pronto se regocijó, pues ahora no solo presenciaba una obra de arte, sino que estaba viva; seguramente doña Claudia le pagaría un millón de pesos por aquel trabajo y se convertiría en un famoso escultor. Sin embargo, aún no estaba listo para

mostrarlo al mundo, quería conocer al hidalgo; así pasó días hablando con él, mientras el loquito le contaba de sus grandes batallas a lado de Rodrigo Díaz de Vivar y otros tantos honorables caballeros que habían dado su vida en las luchas. Miguel no recordaba con exactitud la obra de Cervantes, pero sabía que el viejo estaba loco y de tantos libros de caballería terminó por deschavetarse y se creía uno de ellos.

Así transcurrieron los días y pronto se acercaba la fecha de la entrega, Miguel se rehusaba a abandonar su creación. Pensó en las enormes posibilidades que le brindaría comercializar el gran descubrimiento, y entonces se le ocurrió una idea.

—Si ya creé a un personaje literario, ahora puedo esculpir a unos autores más, y así venderé su conocimiento a tooodo mundo. Los intelectuales harán filas y filas para conocerlos y hablar con ellos, mi casa se volverá un santuario y ya no tendré que trabajar nunca más —pensó mientras preparaba el desayuno.

Poco después, su patio se convirtió en un corral de parlanchines y egocéntricas figuras. Ya no solo tenía al Quijote, ahora podía escuchar a Poe declamando “El cuervo” por la tarde, a Aristóteles enseñando su poética, a Shakespeare llorando por Romeo y Julieta, y a Zeus controlando a los gatos del vecindario como si se trataran de titanes.

El escultor se moría de la risa todos los días, había engendrado una extraña mezcla de cultura que no podía creer. Sus invitados tenían largas discusiones sobre asuntos de la vida que cada uno entendía a su manera, algunas veces se peleaban por encontrar quién tenía la razón, y Miguel solo los miraba y escuchaba atentamente. Esa semana aprendió más que toda su vida en la escuela, nada se comparaba con la increíble hazaña que tenía frente a sus ojos, y saber que él había sido el gran Creador lo llenaba de orgullo.

Un día antes de la entrega a doña Claudia, Miguel se levantó temprano, desayunó con

todos en la mesa y después se encaminó a la calle en busca de un ostentoso traje para la gran fiesta. Clemente se quedó entreteniéndolo a los inquilinos durante un rato hasta que se cansó, se movió de la cocina y salió por la puerta de la calle; los ilustres personajes fueron detrás del gato y cruzaron al exterior, nunca habían visto un lugar como ese, con miles de cables llenando los cielos y unos extraños carruajes que parecían caballos espaciales. Poco a poco se fueron separando unos de otros.

Los individuos estaban maravillados con el nuevo mundo, caminaron y se perdieron en las largas calles de la ciudad, abordando a los ciudadanos para hacerles preguntas, pero estos solo corrían despavoridos de ver figuras blancas parlanchinas. Dieron vueltas y vueltas sin destino alguno, y cansados de tanto caminar, se detuvieron a reposar.

Por su parte, Miguel ya había encontrado su traje y caminaba a casa, ansioso por mostrar

el resultado de su arduo trabajo. Sin embargo, cuando al fin llegó, se dio cuenta de que no había nadie, ni siquiera el gato. Se jaló desesperado el cabello y salió corriendo en busca de los demás, indagó por las calles cercanas, preguntando en cada esquina sobre algún indicio del paradero de los personajes, pero todo mundo lo tomaba por loco, ¿cómo iba a estar buscando esculturas vivas?, la gente se reía de él sin parar.

El sol estaba por caer y aún no lograba hallar a los susodichos, ya cansado y hambriento. ¿Cómo había sido tan tonto para dejar la puerta abierta? Tenía el mundo entero en sus manos y lo perdió, seguramente alguien más ya tendría su trabajo y sería rico —refunfuñaba para sus adentros. Justo en ese momento, levantó la cabeza y a lo lejos escuchó a un par de sombras peleándose frente al Ángel de la Independencia.

—Vuestra inteligencia, hijo mío, no os deja ver que se trata de un feroz dragón —decía uno mientras señalaba la larga estatua y desenfundaba su espada.

—Es verdad que es alto e imponente, pero no miras las inmensas alas de aquel. No se trata de un dragón, sino de un cuervo, un cuervo negro como la noche y que grita *nevermore, nevermore, nevermore* —reclamaba el otro.

—¿Qué decís, hermano? ¿Estáis en vos? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante de dos mil leguas aquí? ¡Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto!

Miguel corrió a toda velocidad hacia ellos, reconocería esas voces aun a ciegas. En cuanto llegó a su encuentro, se sentía más feliz que nunca por haber hallado al Quijote y a Poe. Pronto comenzaron a discutir sobre el paradero de los demás, y aunque los yesos estaban de preguntones, Miguel no se detuvo a contestarles, aún faltaban tres personajes y no había señal alguna. La noche se volvió nítida y ya todos estaban cansados, tristes y desahuciados. Los

tres individuos llegaron a la casa; Miguel cerró la puerta con llave y se fue a su habitación a llorar. Transcurrió lenta la noche y se quedaron dormidos, parecía que no había más remedio para la situación.

A la mañana siguiente, el escultor se despertó sintiéndose peor que el día anterior, desganado miró en la cocina al par preparando un intento de desayuno, estaban esperando que se cocieran los huevos, pero ni siquiera habían prendido la estufa. Miguel se rio — después de todo, aún tenía a dos yesos que lo acompañaban—. Así transcurrieron las horas, conversaron sobre lo acontecido y resolvieron dudas sobre las cosas que habían visto. Se sentían más tranquilos y se comenzaron a preparar para visitar a doña Claudia.

En el camino hacia la fiesta, disfrutando del viaje en el auto y casi a punto de llegar, apareció caminando una figura fornida y semidesnuda: era Zeus, quien seguía persiguiendo animales,

esta vez unas palomas, mientras les gritaba que regresaran al Hades. Lo alcanzaron unos metros más adelante y lo raptaron en el auto.

Al cabo de unos minutos llegaron a la fiesta, Miguel vistió a los personajes como civiles y entraron al salón principal.

—Veo que al fin llegas, me preguntaba dónde estaba mi maravilloso trofeo —dijo Claudia mientras le daba la mano al escultor.

—Le ofrezco una disculpa, hubo algunos percances durante el viaje, pero ya estamos aquí.

—¿Estamos?

—Así es, señora, no me va a creer lo que le he traído.

Detrás de él aparecieron las figuras y se mostraron a la mujer; sorprendida por lo que veía, le pidió al hombre que explicara la situación. Claudia rio. ¿Cómo era posible lo que decía Miguel?, pero el Quijote le pareció lo suficientemente interesante como para ser el centro de atención. La mujer hizo sonar su

copa y pidió la atención de sus invitados, dio un breve discurso y mostró al hidalgo mientras enaltecía su gran obra. La gente comenzó a notar que hablaba y se movía, asustando a algunos y asombrando a otros.

—Bien, el momento ha llegado, toma tu dinero y retírate con tus demás amigos.

Pero Miguel no quería abandonar a su primera creación, habían pasado momentos inolvidables juntos y después de la fiesta seguramente lo esclavizarían y tendrían como un animal de zoológico. Se entristeció.

De pronto, una extraña sensación en el estómago lo invadió, como si algo se moviera en su interior —“¿Será el estrés y la tristeza que han cobrado frutos?”, pensó.

Pero algo estaba mal, la emoción se convirtió en un vacío inmenso y completo a la vez, como si fuera todo y nada al mismo tiempo. Lentamente se consumía su mente y su cuerpo, el yeso se rompió en pedazos y cayó en el piso del

salón; todos observaron con atención, Miguel se despedazaba como un jarrón. Al caer el último fragmento, dejó al descubierto *una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio giratoria*;¹ el diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí y el universo se desmoronó...

¹ Fragmento tomado de Borges, J. (1998). "El Aleph". *El Aleph*. España: Alianza Editorial. Recuperado de https://ens9004-infd.mendoza.edu.ar/sitio/literatura-argentina/upload/0010-_BORGES_J.L._-El-Aleph.pdf



EL TREN

Un hombre me contó que Jesús regresaría pronto por nosotros. Quizá se le ha hecho tarde, he pasado 33 viajes en tren y aún no lo conozco.



MAKEITZLA. OJOS COLOR ESTRELLA

Las mujeres en la habitación daban alaridos y largos llantos; la gran bruja parió a su única y última hija. Las parteras trataron de hacer todo lo posible por asegurar que la Madre (como la llamaban por respeto) soportara la labor; durante largas horas buscaron salvar a las dos, pero en cuanto la niña chilló, los ojos de la otra se cerraron para siempre.

El pueblo llamó a la niña Makeitzla, la niña de ojos color estrella. Cuando nació, los perros ladraron, las gallinas causaban revuelo y los niños lloraron sin consuelo. A diferencia de su madre, tenía tez rojiza y un tercer ojo en la frente, tan azulado como el mar. Desde que salió del vientre, las mujeres decidieron no acercarse más, no pertenecía a su raza. En un mundo de hombres bronceados y ojos color carbón, la niña era la perdición.

La bebé sobrevivió gracias a la compasión de algunas personas que le debían su vida a la Madre por haberlas ayudado, y de poco en poco la alimentaban y cambiaban hasta que pudo hablar y caminar. La gente decía que al igual que su madre, la niña tenía poderes psíquicos, y pronto se convertiría en el oráculo del lugar.

Le temían, nadie podía mirarla a los ojos, rumoraban que quien tuviera el valor se volvería loco al entender todos los secretos que el rayo del tercer ojo escondía, uno que solo aparecía cuando la niña lo dejaba al descubierto y deslumbraba por el brillo intenso que emitía. Makeitzla creció sola después de eso, vivía de hojas y hierbas que encontraba en el bosque, desconsolada, desamparada y triste. No entendía por qué la gente se alejaba cuando pasaba cerca, tampoco sabía por qué era diferente a los demás; ella solo quería jugar con los demás niños del pueblo.

Todas las mañanas se levantaba antes que el sol y caminaba hasta lo más profundo de la

naturaleza para hablar con Stxin, un colibrí de intensas plumas naranjas y rojas. Después de un rato, cuando la panza comenzaba a rugirle, el ave la guiaba a las flores más lindas y deliciosas, así la niña podía satisfacer su bestial apetito y continuar su camino de regreso a casa.

Un día, Makeitzla despertó y caminó como de costumbre, esperando a su amigo. Pero nunca llegó. Después de largo rato, la niña regresó a su casa con los ojos llenos de lágrimas; esa tarde, al llegar al pueblo sintió cómo en su interior algo muy grande y tenebroso crecía. Era odio y rencor, sentimientos que nunca había tenido, a pesar de los malos tratos que toda su vida recibió en el pueblo.

Caminaba fuerte, con pasos firmes y estruendosos, su respiración se agitaba con cada minuto que pasaba, y sin fijarse, quemaba las plantas a su alrededor, dejando un camino de muerte en su regreso. De pronto, una voz la sacó de su trance, se le acercó una mujer, rogándole

ayuda para su hijo. Al niño lo había atacado un tigre durante la caza y apenas respiraba. Makeitzla tenía el cuerpo fijo al frente, volteó la cabeza hacia la mujer y la miró con desdén y rabia. Había sido el peor momento para acercarse a ella, la sangre le hervía y bufaba sin cesar. Al notar esto, la madre trató de caminar despacio hacia atrás, asustada y angustiada por verla furiosa. Pero no pudo seguir de pie, su mirada se posó en el tercer ojo, que salpicaba violentamente destellos rojos y gotas de sangre. El miedo la paralizó al punto de dejar de respirar y cayó al suelo. Makeitzla siguió enojada el camino hacia su casa y se encerró, mientras las demás mujeres que estaban cerca corrían a auxiliar a la madre que estaba en el piso, pero cuando la vieron, de los ojos abiertos le escurría un mar rojo de lágrimas, quizá de miedo, quizá de pensar en su criatura que agonizaba del otro lado de la casa con el torso destrozado por feroces garras. Desde ese día, todos comenzaron a temer aún más a la niña.

Durante los siguientes años se veía con poca frecuencia a la ahora ya joven bruja. La gente conocía el sonido de sus pasos y el rechinar de su puerta, en cuanto salía de su casa todos corrían despavoridos a sus hogares. No había ser que la molestara a pesar de lo mucho que la necesitara; la gente se resignaba a morir sin esperanzas cuando enfermaba o se lastimaba, y así continuó durante mucho tiempo hasta que Makeitzla fue adulta. La comunidad se había acostumbrado a la bruja, en ocasiones escuchaban ruido en su casa, quejidos, oraciones, conjuros, y si tenían suerte, veían el humo de atrás de su casa. La bruja era más bruja que nunca.

Los pobladores más viejos eran los únicos que no le temían, se acercaban a ella en busca de plática y compañía, dándole consejos y tratando de ayudarla como su madre nunca pudo hacerlo. Durante todos esos años de encierro, Makeitzla aprendió a controlar los grandes dones que había heredado y los abuelos le enseñaron a manejar sus emociones, hasta que fue sabia como ellos.

Poco a poco fue recuperando su pertenencia en el pueblo, cuando escuchaba a los habitantes murmurar que alguien necesitaba ayuda, iba a su casa a prepararles algún remedio, y al anochecer, en el silencio de la calle, lo dejaba frente a la puerta del enfermo. Sus constantes salidas nocturnas le dieron a entender al pueblo que la mujer solo necesitaba tiempo para aperturar su conocimiento, así que esperaron pacientemente hasta el día en que ella estuviera lista.

Makeitzla mostraba sus bellos cabellos plateados para cuando se convirtió en la nueva bruja del pueblo; era la mujer más respetada, y dedicaba su tiempo a ayudar y a curar a quienes lo necesitaban (aunque aún no había sujeto que se atreviera a mirar su profundo y celeste ojo). Su alma serena y compasiva era uno de sus mayores atributos, compartía su gran sabiduría y llevaba siempre en su mano las historias de su pueblo, para contarle a los más pequeños:

*Caen sobre la aurora
las más célebres estrellas,
pues en lo alto del edén,
las almas puras danzan
al compás de la melodía del sol.*

55

A pesar de todo su trabajo en el pueblo, cada mañana seguía caminando en las profundidades del bosque. Dentro de su alma, aún deseaba encontrarse con Stxin, y poder recordar su infancia, pero tristemente no apareció. No había nada en el mundo que pudiera llenar el vacío en el corazón de la nueva Madre, ese animal era lo único que la había salvado de su desgracia y soledad; a pesar de que su pueblo la quería y aceptaba, nada podía ser igual a jugar y revolotear con Stxin.

Una ocasión, durante su caminata, Makeitzla escuchó unos pasos estruendosos que irrumpían la tranquilidad del bosque con el crujir de las ramas y el revoloteo de las aves

asustadas. Intrigada, se acercó sutilmente a aquel sonido, dando cuidadosos pasos. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, vio a un anciano alto, blanco y delgado que golpeaba con violencia todo a su paso. Al contemplarlo, perdió el equilibrio y cayó sobre el arbusto que la escondía, haciendo mucho ruido. El hombre, por instinto y susto sacó su aguja.

En una lengua extraña comenzó a gritarle, ella no se movió ni un centímetro; con los ojos cerrados sintió cómo se acercaba a donde estaba. Pasos amenazadores estaban por llegar. Cada vez la voz era más fuerte. Desesperada, Makeitzla levantó la mirada, y el hombre, al ver su rostro, enterró la aguja en el corazón. La sangre de la gran Madre corrió sin cesar fuera de su cuerpo, y el anciano, arrepentido de sus actos, intentó repararlo, pero era muy tarde. Makeitzla estaba a pocos suspiros de la muerte.

*Brilla el tin-tan-tin,
las aves cantan
el camino por el mar
y los hombres comen
las estrellas de sal.
Tin-tan-tin.*

El hombre gritó con dolor, a pesar de estar asustado por la mujer, su corazón no era de maldad. La tomó entre sus brazos y le hablaba en una lengua no entendida; a pesar del miedo la miró a los ojos, fijamente, llorosamente. Makeitzla lo dejó observar su tercer ojo, para descubrir que en aquel rayo brillante del centro se escondían las estrellas, el mar, el cielo y el sol. Esa era la mirada de una Diosa.

Justo antes de dar su último aliento, Makeitzla distinguió encima de la cabeza del hombre a Stxin, que daba círculos veloces y coloridos a su alrededor, colocándose después frente a su rostro. Sus ojos se cerraban y la visión comenzó

a tornarse borrosa, sin embargo, la gran Madre pudo advertir cómo el colibrí se transformaba en una mujer morena de gran sonrisa. Sintió calor en todo su cuerpo, y por un instante, abrazaba su corazón. Esa mujer era su madre.

Makeitzla pereció, y todos en el pueblo lloraron y honraron su cuerpo y recuerdo como la gran señora que era. Su alma estaba en paz, se elevó y tomó la forma de un azulado colibrí, que viajó por el bosque eternamente junto a su madre, quien siempre la cuidó a través del ave y todos los ancianos que la visitaban durante tanto tiempo.

Cada año, durante el séptimo día del noveno mes, el pueblo eleva su canto al cielo, rindiéndole honor a Makeitzla, la gran diosa colibrí, la mujer que engendró las estrellas, el mar, el cielo y el sol. Celebrando y agradeciendo a estas aves por portar los grandes mensajes desde el más allá, trayendo la felicidad y la paz al pueblo de Teotihuacán.

Ni las paredes podían callarse cuando
los hombres miraban sus grietas,
los gritos los ensordecían y sus
pensamientos los consumían como
un monstruo marino —salido de las más
espesas profundidades— tragándose
un barco.





TRESCIENTOS CINCUENTA Y CUATRO

Sus cuatro patas se sujetaban con fuerza al suelo, tratando de no moverse en la incomodidad del sudor de todos. Cada que arrancaba el camión después del alto, todos chocaban entre sí con gran fuerza, como una bola de canicas en una bolsa diminuta que lleva un niño pequeño en la mano después de volver corriendo de la escuela para jugar con sus amigos en el patio de su casa. Entre tanta mierda ya no sabía distinguir su olor del de todo lo que lo rodeaba. Los demás parecían igual de confundidos; la sinfonía de chillidos, el sonido de los coches, la música de las calles, todo lo que escuchaba lo atosigaba a niveles extremos.

Su corta memoria lo llevó a pensar en que no había comido esa mañana. No entendía a los hombres, todos los días se levantaban muy

temprano y lo despertaban con duros golpes, lo sacaban del corral y lo acarreaban a palos junto con todos los demás. Sabía que era hora de la comida cuando sentía la quemazón de los trapazos en su espalda, indicándole que se pusiera de pie y caminara. Los sacaban a un cuadrado de madera, ahí les servían porquería y media que les había sobrado de la cena, unos pedazos de manzana, verdura descompuesta, pedazos de pan quemados, y en ocasiones, cuando no alcanzaba el dinero, destazaban a uno de los suyos, uno pequeño, y lo echaban ahí para que se lo tragaran.

A él no le importaba, comida era comida, a veces ni siquiera le tocaba. Todos los días tenía que luchar para asomar la trompa en aquellos botes mientras los demás se portaban como bestias insaciables y desesperadas por alcanzar, aunque sea un bocado. El alimento nunca era suficiente para la cantidad de animales que había en ese corral. En los días malos, los sacaban a

aquella caja de madera con hoyos, los dejaban desde muy temprano, esperando ansiosos la comida, pero solo les mentían. No había ni desayuno, ni comida, solo el sol quemador del medio día, que rostizaba sus suaves pieles y las ponía rojas como el carbón en el fogón. Cuando esto ocurría, lo único que los mantenía con vida eran las grandes bocanadas de agua sucia que bebían, les sabía a mierda, al igual que todo lo que comían porque ese cajón siempre estaba cubierto de ella.

—Malditos cerdos asquerosos, no se cansan nunca de chillar —decía el hombre del sombrero mientras los golpeaba con ese trapo rasposo y tieso que siempre traía en la bolsa del pantalón.

Cuando morían de hambre, se comían hasta su mierda, y si se atravesaba algún recién nacido, lo saboreaban a crujientes masticadas. Ellos no entendían de modales, nadie les había enseñado. El instinto es supervivencia, y ellos lo sabían más que nadie.

Su vida era una constante monotonía: dormir, golpes, despertar, dolor, caminar, comida, sol, suciedad.

Había ocasiones en las que al hombre del sombrero se le olvidaba regresarlos al establo, casi siempre era cuando llovían fuertes gotas y el cielo sonaba como si se estuviera rompiendo. Los dejaba ahí, desprotegidos, hambrientos y con frío. El aire sacudía los árboles del campo, la lluvia los empapaba y los truenos les rompían los oídos. El corral se encharcaba, y todos se llenaban hasta las rodillas de pura mierda, así es, como siempre en todos lados, pura mierda.

Lo bueno es que como eran tantos, se juntaban un poco y compartían algo de sudor. Así, en la mañana, vendría el hombre del sombrero y no les pegaría a los demás por haber dejado morir a alguno. En ocasiones el instinto de los puercos es severo, pero sus capacidades no siempre suficientes. Algunas veces él quiso escapar, saltar de ese mugroso corral y correr

hasta los arbustos de fruta en las esquinas del campo, pero sus minúsculas patas se lo impedían. No importaba cuántas veces se parara en dos patas y se estrujara contra las vallas, jamás podría alcanzar a pasar la última; se quedaba esperando a que llegara la noche, deseando que nadie hubiera hecho enojar al hombre del sombrero, porque cuando lo hacían, salía de la casa y comenzaba a gritar y golpear a palos al que se encontrara. Una vez, del puro coraje que le había metido la otra señora que vivía con él, mató a uno a trancazo, al más flaco de todos.

—¡Pinches animales pendejos, no sirven ni para tragar! —gritaba mientras le pegaba—
¡Ojalá se mueran, ojalá se mueran todos!

Al siguiente día desayunaron puerco.

Una vez al año, el señor del sombrero llevaba a más personas a la casa, se veía por la ventana que sacaban cosas al patio de atrás. Había mucho humo, y el olor los cautivaba, los puercos movían sus narices en dirección al

delicioso banquete que estaban preparando, desde el corral podían ver todo. Se pasaban la lengua por la nariz, se les caía la saliva de ver cómo se tragaban pedazos y pedazos enteros de comida. Pero nunca les daban nada, ellos eran puercos, animales sin sentido. Los humanos no eran como ellos.

Les ponían la bocina bien cerca, a niveles tan elevados que los dejaban sordos por días enteros, mientras el hombre del sombrero iba a recoger fruta a los arbustos de las esquinas. Decía que no escuchaba hasta allá porque estaba muy lejos, que por eso le subía todo el volumen.

Él no cuestionaba su existencia en el corral, había nacido y crecido entre ese montón de mierda, y nunca nadie le había preguntado por qué. Como él, ninguno de los otros pensaba en tener una vida mejor, nadie había conocido algo más, era suficiente con tener la panza llena y chillar.

Los puercos no sabían por qué una mañana el hombre del sombrero los etiquetó. Días antes llegó muy temprano, los sacó del establo y con ayuda de otros comenzaron a hacerles agujeros en las orejas. Una orquesta de chillidos retumbaba por cada superficie del terreno, el dolor no los dejaba descansar y ese cuadro amarillo que les colgaba de ahí les rasgaba la piel cada vez que se movían. Los primeros días fueron los más feos, como no tenían espacio ni para sentarse en el piso, se rozaban entre ellos para cambiar de posición, y de vez en cuando se jalaban el cuadro y chillaban de dolor. 354 eran, él era el último en la numeración. Esa mañana los habían levantado más temprano de lo normal, no los llevaron al corral ni les dieron de desayunar. Esta vez los acarrearón hasta un camión, uno muy grande de tres pisos, los iban golpeando para que subieran por una pequeña rampa y se arrinconaran en los diminutos espacios vacíos que quedaban. A los puercos no les extrañó, aquel coche también

tenía barrotes como los del corral, que los dejaban ver hacia afuera.

Otro arrancón durante el tráfico le provocó dolor, se había golpeado con el barrote y chillaba asustado al igual que todos los demás. Como ya he dicho, los puercos no meditaban sobre su vida, pero su instinto era superior, sabían que debían estar asustados y chillar, chillar tan fuerte para que los demás hombres que pasaban con coches a su lado los sacaran de aquel camión. No pensaban en su futuro, pero vaya que sentían, lloraban, querían, dolían. Aunque sus quejidos desesperados no los salvaron, todos subían las ventanas y avanzaban más rápido. A nadie le interesaba oler toda esa mierda. Algunos niños los señalaban y los veían con lástima, pero al llegar a casa su mamá les servía un gran plato de estofado y se les olvidaba.

El hombre del sombrero los sacó de ahí, después de un rato, les gritaba:

—Puercos, puercos asquerosos con olor a mierda, caminen ya —mientras les pegaba con el trapo viejo. Los acarreaba, y los puercos solo veían campos nuevos, campos llenos de otros muchos puercos. La violencia pronto floreció y los hombres disfrutaban, siempre ellos, de su poder incontenible.

Pero no eran puercos, porque hasta los puercos son más humanos que ellos.



¿Y LA SEÑORA?

Azul había llegado de su pueblo el domingo al mediodía, como siempre; sacó sus llaves y giró tres veces la cerradura para abrir la puerta. Subió las escaleras con precaución, su maleta era pesada y no quería despertar a los inquilinos de los demás cuartos. Se había mudado ahí hace un año, y sabía que la casera era muy estricta con los ruidos y las actividades dentro. Llegó lo más silenciosamente posible a la sala, miró todos los cuadros de la pared, los santos y ángeles lo seguían con la mirada. En la mesa estaban las cuentas e hilos con los que la señora acostumbraba hacer sus rosarios para vender en la iglesia. Era muy religiosa, eso le constaba a Azul, todos los días a las siete de la mañana prendía la televisión, ponía la misa y se levantaba a limpiar y cocinar. No había un solo día que fallara.

Azul tenía un compañero de cuarto; Casito y él se dividían la renta para cubrir todos sus gastos y vivir cerca de la escuela. A pesar de que no les gustaba, fue la opción más viable para sus necesidades, y trataban de llevarse pacíficamente con la dueña.

Dio un vistazo a la cocina, la señora no estaba en casa. Los domingos se levantaba temprano, pero en vez de poner la misa, se preparaba para ir a la iglesia a las doce en punto. A él no le pareció extraño, había llegado a la hora exacta en la que ella salía. Puso su maleta en la cama y comenzó a acomodar todo en los cajones del cuarto, estaba feliz, hacía mucho que no había silencio. Los demás inquilinos tampoco estaban, algunos llegaban hasta muy tarde, ya que las clases comenzaban el lunes.

Azul hizo todas las cosas que la señora no toleraba, cocinar en desorden, escuchar música a todo volumen y llevar a su novia a la casa. Disfrutaba su estancia hasta que se percató de la

hora: las cinco y treinta. Acomodó la sala, apagó la música y su novia se fue. Le parecía extraño que la casera todavía no regresara, aunque a veces se quedaba a platicar con el padre después de la misa. Se preguntó si había entrado y por la música tan alta no la había escuchado, se asustó. Él más que nadie sabía que era muy estricta con sus reglas, y en cualquier momento que considerara prudente, lo podría echar a la calle (sin regresarle su dinero del depósito) por su *cláusula de valor moral* que les había hecho firmar a todos. En esa casa no estaba permitida la blasfemia, por lo tanto, no aceptaba a personas no católicas, racistas y, mucho menos, gays. Para su mala suerte, Azul y Casito eran todas esas, vivían en secreto bajo un manto que ocultaba su libertad, pero la señora no tenía que saberlo.

En el transcurso de la tarde llegaron los demás, para las ocho ya estaban todos instalados de nuevo en sus respectivos cuartos. Todos menos la señora.

Casito tenía hambre, así que le pidió ayuda a Azul para preparar la cena. Casito tiró accidentalmente un poco de agua en la mesa. Vio el trapo en la barra, lo tomó y enseguida volteo a ver con extrañeza a Azul.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Está seco —dijo—, el trapo está seco.

Era anormal, la casera estaba obsesionada con la limpieza, nunca había trapos secos en esa casa. De cierta manera les pareció justificable, no la habían visto todo el día. Continuaron su cena, aprovecharon su ausencia y vieron su serie *drag* en la sala. Todos los demás se sentaron con ellos, eran libres, aunque sea por un momento.

A las once apagaron todo y se fueron a dormir, no sin antes ir a revisar el cuarto de la casera. Tocarón, no se escuchaba un solo ruido; giraron la manija, estaba con llave. No era raro, siempre lo cerraba.

—A lo mejor se fue con su hijo, mañana regresa —Durmieron muy gustosos.

A la mañana siguiente se levantaron a prisa, prepararon sus cosas para la escuela y el desayuno. No les dio tiempo de lavar sus platos, sabían que de regreso reclamarían la negligencia, pero su clase estaba por empezar. Se fueron corriendo.

La escuela los dejó agotados, regresaron a la casa con un poco de temor, pensando en la excusa que iban a dar por los trastes. Pero cuando llegaron no había ni cara para reclamarles, la cocina seguía intacta. Tocaron nuevamente la puerta de su habitación y nada. Algunos de los inquilinos tenían clases hasta la tarde, así que les preguntaron si la habían visto durante la mañana. Nadie sabía en dónde estaba, no había ni rastro de su existencia. Comenzaron a preocuparse, no era normal que se ausentara por tanto tiempo, y siempre les avisaba a dónde iba. Lo que más los angustiaba era que en la mesa seguían sus medicinas. Debido a su avanzada edad padecía de diabetes y presentaba inicios de demencia. Algo estaba mal.

Tanto Azul como Casito comenzaron a alarmarse, así que llamaron a su teléfono personal. El silencio se interrumpió cuando escucharon el sonido del celular dentro de la habitación de la señora. Todos se voltearon a ver con angustia. A pesar de ser mayor de edad, nunca dejaba el teléfono en casa. No sabían qué más hacer, lo único que les quedaba era esperar a que milagrosamente regresara.

Al día siguiente se levantaron temprano. Era costumbre que desayunaran juntos, Casito prendía la estufa en lo que Azul buscaba provisiones en el refrigerador.

—Aquí hay arroz.

—¿Arroz? Nadie ha traído arroz.

Lo sacaron y lo examinaron, definitivamente era comida de la señora. Lo extraño era que estaba intacto, y parecía hecho hace poco. Como no era de ellos, lo devolvieron a su lugar; mientras seguían buscando, encontraron más comida guardada.

—Todo parece de antier.

—¿Para qué haría tanta comida si no iba a estar?

—No lo sé, pero esto ya me está dando miedo.

En ese momento el teléfono de la sala comenzó a sonar. Era muy viejo, de esos a los que hay que ponerle el dedo y darles la vuelta a los números, así que solo la señora lo usaba. René, uno de los inquilinos, lo levantó para contestar.

—¿Bueno?

Pero del otro lado solo se escuchaba una respiración lenta, rasposa.

Se asustó y colgó. Los tres se miraron un segundo.

—¿Qué pasó? ¿Quién era?

—No lo sé, solo se escuchaba una respiración.

Comenzaron a especular sobre qué es lo que le podía haber pasado a la anciana.

—¿Y si se salió y se perdió? Sin sus medicamentos para la memoria, puede que se le haya olvidado en donde vivía.

—No puede ser porque todos en la colonia la conocen, alguien ya la habría ayudado a regresar.

—Que tal que se cayó y se golpeó la cabeza, y por eso su celular sigue en la casa.

—Eso suena como lo más probable, pero, como cerraría el cuarto por dentro, si no tiene seguro, debe ser con la llave.

—Tienes razón, no puede seguir adentro y cerrar por fuera.

Esa mañana se les hizo tarde a todos, el paradero de su casera los tenía muy intrigados, especialmente a Azul y a Casito.

Los siguientes días escucharon sonar el teléfono al menos unas diez veces; la segunda contestaron, pero solo se escuchaba la respiración. Después les dio miedo y ya no se acercaron a él. La tensión entre todos seguía en el aire, pero nadie hacía nada al respecto.

—¿Crees que se haya ido de viaje con su hijo? —dijo Casito.

—Puede ser, pero nos habría avisado como siempre —le contestó René.

Mientras, en los demás cuartos, los otros tres inquilinos armaban el rompecabezas. Llegaron a pensar que podría estar en el hospital, ya llevaba un mes con tos y no se había atendido.

Cada uno escogió la razón que le dio mayor paz, pero dentro de ellos algo se sentía mal. Continuaron su nueva rutina durante esa semana, durmiendo hasta tarde, viendo películas y disfrutando de la libertad.

Llegó el viernes, y como era costumbre todos regresaban a sus pueblos con sus familias. Esa ocasión, Azul no regresó, quería ir el sábado a pasear cerca y se quedó en la casa. Sabía que tenía que comprar más comida, todo lo que había llevado el domingo pasado ya se había terminado. Le gustaba preparar minuciosamente su lista de compras para no gastar de más, así que se sentó en la cocina y anotó en una hoja todo.

En ese momento el teléfono volvió a sonar. Pero estaba solo, y tenía miedo, así que no contestó.

A su regreso del mercado, sacó todo de las bolsas para ponerlo en el refrigerador. Lo abrió, y se quedó sin respiración. La primera repisa estaba llena de verduras, y hasta atrás, los trastes con comida de la señora. El temor se aferró a él con fuerza, en la casa ya no había nadie, y cuando él se había ido, en esa repisa solo estaban los toppers de hace una semana. ¿Por qué alguien compraría verduras si no iban a estar aquí hasta dentro de tres días?

Tocó de nuevo la puerta de la señora. Silencio absoluto. Llamó a Casito, tampoco entendía. La cocina parecía acomodada tal como la viejita la dejaba todos los días. Comenzaron a pensar que estaba muerta, y que su fantasma los molestaba. Al principio les pareció un chiste, pero entre más lo pensaban, más se sobresaltaban.

—Si realmente falleció, ¿por qué ninguno de sus hijos entró por sus cosas? Peor aún, ¿por qué no le avisaron a nadie?

La señora no tenía otra casa, había vivido ahí toda su vida, y no se explicaban la comida en el refrigerador, ni el acomodo de la cocina. Ya habían pasado seis días.

Después del cuento de terror que se contaron entre ellos, Azul invitó a su novia a la casa, no quería estar solo después de todo lo que había pasado. Esa tarde también se escuchó en la sala el retumbar del teléfono unas cuatro veces.

La noche transcurrió intranquila; por suerte, su novia aceptó quedarse con él para calmarlo un poco. Soñaba que se levantaba por el sonido de la televisión y caminando a la sala. La señora estaba en el sillón haciendo rosarios en la mesa de centro mientras repetía las oraciones de la misa. Las luces estaban apagadas, lo único que la iluminaba era el resplandor de la televisión,

Cuando levantó la mirada hacia él, su rostro se veía enojado, casi como si lo quisiera matar. Y con voz ronca y rasposa gritó:

—¡AZUUL!

Se despertó exaltado, casi llorando. Le contó a su novia lo que había soñado y trató de volver a dormir.

Era sábado al fin, la luz del día entró por la ventana y se sentía a salvo. Cuando sus ojos terminaron de abrirse despacio, se había olvidado de la pesadilla. Se levantó de la cama, se puso los zapatos y caminó hasta el baño. De regreso al cuarto, en la cocina escuchó un ruido, cazuelas y sartenes moviéndose. Giró la cabeza, avanzó muy lento.

—Buenos días, Azul —dijo la casera mientras preparaba el desayuno.

RETRATO

UNO

Todo por quedarme en el restaurante, ahora voy a tener que llegar sin desayuno y tarde, maldita sea. ¡Ay! Pero qué tonta, hoy es el día de entregar el bendito reporte, lo bueno es que terminé el viernes y lo envié a tiempo. ¿Y sí le puse las últimas gráficas del documento final? No puede ser. Bueno, de cualquier manera, ya lo mandé, aunque si no lo hice bien, seguro que el jefe me regaña. Ese viejo ya no sabe ni usar su cerebro, menos sabe usar una computadora, no sé por qué sigue ahí. Estaría mejor que lo corrieran, que lo amenazaran a cada rato como él a mí, ay no, ya no lo soporto más. Espero que en los siguientes días me llamen de la otra empresa para que pueda renunciar. ¿Y ahora? ¿Esta mancha?, pues no duele, así que debe ser un lunar. ¡Ya apúrate

Julietta!, que se nos va a hacer más tarde y no vamos a llegar a la junta. Lo bueno es que ya se acabó el fin de semana y vamos a ver a Ana, tengo que contarle lo que pasó con mi mamá ayer, uy no, de lo que se va a enterar, seguro que va a estar más enojada que yo. ¡Nombre!, si ya la vi, va a andar con el ceño fruncido y boca de pato todo el día, me tocará invitarle la cena. ¡Ya, ya, ya, ya, ya! Es súper tarde, ahorita en cinco minutos pasa el taxi y llegamos a la oficina en diez. ¿Qué hora es? No puede ser, ya son las ocho, a esta hora va a estar horrible el tráfico. El jefe me va a regañar. Ay, ay, ay, las llaves, no me vaya a quedar afuera como la semana pasada, y luego a esperar mil años a que llegue la señora Martita y me abra de nuevo. Rapidito, rapidito las escaleras. No sé por qué me mudé a un edificio con tantas escaleras, estos zapatos no son para escaleras. Uy, ya quiero ver qué cara va a poner el ejecutivo cuando se entere que sus cifras no están correctas. Eso me va a

saber a pura miel, ya es hora de que ese viejo se ponga a trabajar en vez de estar engañando a su esposa. ¡Aaaaah! Corre, corre, Julieta. ¡TAXIIII!

DOS

Qué estrés le provocaba la junta con el jefe, hacer el reporte de todo el mes había sido la tarea más agotadora que le habían dejado. No tuvo ni un solo día de la semana para dormir plácidamente. Todo ese cansancio se había acumulado y hoy estaba más cansada de lo normal. Le sudaban las axilas y las gotas de sudor le llenaban la frente mientras iba en el taxi pensando lo que diría en la sala de juntas. No estaba segura de que a los ejecutivos les gustaría su propuesta, y mucho menos de que les restregaría en la cara que no sabían hacer bien su trabajo. Lo único bueno de ese horrible lugar es que siempre tenía a Anita. Le sorprendía que a pesar de

los problemas laborales que habían tenido en algunas ocasiones, su amistad estaba intacta. A Julieta le encantaba repetírselo una y otra vez cada que empezaban un nuevo proyecto:

—Trabajo es trabajo, amistad es amistad. No olvides que no hay que mezclar —Y Ana se tapaba los oídos de todas las veces que ya se lo había repetido. Aunque era verdad, a ella le gustaba que Julieta fuera así, se hacía más sencilla la vida con su amiga.

Se bajó del taxi lo más rápido que sus pesados tacones se lo permitieron y corrió a la oficina.

TRES

Qué maldita necesidad, acabo de llegar y otra vez hay que subir escaleras, deberían poner un elevador. La vida es más fácil con un elevador, solo te subes y ya, no como ahora, que tengo

que aferrarme como una loca a este tonto barandal para llegar hasta allá. Uy, deberíamos pensar cómo vamos a justificar el retraso... ¡Ah, ya sé! El otro día le escuché a la de contabilidad que había dicho que a su hijo no lo dejaban pasar a la escuela y por eso había llegado tarde. Mmmm, pero tonta, tú no tienes hijos. ¿Y si digo que me atropellaron? No, no, no, no, eso es demasiado, además, cómo llegaría en tan buenas condiciones si me acaban de atropellar. Ash, bien, pensemos en algo. Ay, un descanso, estas escaleras me van a matar un día de estos. Y las gráficas, ¿qué haremos con ellas, si no las puse, cómo las voy a explicar? Debí revisar antes el documento, no quedarme como loca durmiendo ayer. Uff, ya estamos cerca, solo un piso más y llegamos. Le voy a decir al jefe que había mucho tráfico y ya.

CUATRO

—Justo a tiempo... para morir. ¿Qué te pasa, mujer? ¿Qué no sabes qué día es hoy? Corre, el jefe está gruñendo de furia.

88

CINCO

Estúpidas, estúpidas gráficas, ni siquiera eran las correctas las que estaban en el archivo, pero eso me pasa por no revisar. Y luego, ese señor con su “tis risiltidis ni sin ilcinziblis”, ya quisiera yo que su cerebro fuera alcanzable para esta oficina. Lo bueno es que ya terminó, no importa, lo haremos mejor la próxima. Pero ¿y si no hay próxima? ¿Y si me despiden?... ¡Bah!, no creo, luego a quién va a molestar el jefe cuando no entienda cómo hacer los formatos ja, ja, ja, ese señor me necesita más a mí que yo a él. Uuuuh, Anita, pero qué delicia tienes ahí, seguro que es

uno de esos pasteles que compra en la panadería de la principal. Me muero de hambre, y sed. Rayos, no trajimos nada para comer y hoy seguro que salgo tarde, creo que me sobran cien pesos en la bolsa de mi cartera. Ay, Anita, antes de que se me vaya a olvidar de nuevo, le voy a contar lo de mi mamá.

SEIS

En el transcurso el día pareció mejorar un poco, la compañía de Ana le hacía la vida más llevadera a Julieta. Como sabía que llegaba tarde, le había comprado el desayuno, hablaron sobre la junta y se enojaron al saber lo que le había pasado a su mamá. Como lo predijo, Ana estaba furiosa, y estuvo todo el día con el ceño fruncido en la oficina.

Al final del día, Julieta regresó a casa sin una pizca de energía, definitivamente el trabajo la

dejó vacía. Pero al fin estaba en casa y se disponía a tumbarse en su cómoda cama. No importaba nada más en ese momento que disfrutar de las suaves sábanas acariciando su débil cuerpo. Aquella noche soñó con la playa, tirada en la arena y quemando su piel mientras la brisa húmeda acariciaba su cara como una ola de paz.

No obstante, el gusto le duró poco. El fuerte sonido del despertador la hizo regresar a la realidad, otra vez iba tarde. Durante su baño se dio cuenta de que la manchita negra había crecido unos cinco centímetros más, pero pensó que quizá por la noche se había golpeado de lo borracha que estaba, así que siguió bañándose sin mayor problema. Cuando llegó a la oficina no vio a su amiga, la llamó y con tristeza se enteró que estaba enferma y no la vería hoy.

SIETE

ABURRIDOOOO.

OCHO

Al cabo de una semana, la mancha se convirtió en una tela que le cubría la pierna entera. Julieta, preocupada, comenzó con revisiones periódicas, pero los médicos no encontraban la causa de su padecimiento. Cada mañana despertaba más cansada, los días pasaban más lentos, la comida le daba asco y la piel le empezaba a colgar de los cachetes. Ya no se sentía feliz cada que veía a Ana, de hecho, ahora le daba pereza todo.

Ambas piernas estaban completamente negras, no podía levantarse de la cama por el dolor que le producía siquiera el roce de la ropa. Poco a poco, su jefe se cansó de darle permisos para faltar y terminó despidiéndola. Ana la visitaba tres veces a la semana para ver cómo iba, pero su deceso parecía inevitable.

lograra reconciliarlas. Su amiga trataba de todo para ayudar a Julieta, pero no pudo mantener sus agigantados pasos. Ambas se volvían más tristes.

DOCE

Pocos días se puede salvar a un alma en pena, la mancha consumió completamente a Julieta. Su vida se hizo gris, apagada. No solo su cuerpo sufría, cada centímetro de su mente y corazón se desmoronaban despacio, especialmente este último. El reporte médico determinó la causa de muerte: cardiopatía por síndrome de tako-tsubo (STK).

Nunca nadie supo qué fue lo que realmente mató a Julieta, tal vez fueron las largas noches de estrés en la oficina, o que jamás volvió a ver a su madre, o que vivía una vida infeliz o que nunca pudo alcanzar los sueños que tanto deseaba de niña.

LA MOSCA

Los débiles y somnolientos ojos se abren al escuchar la voz de alguien:

—Marta —dice con un tono lejano.

—Marta —la escucho que repite, esta vez un poco más cerca.

—Marta... Marta... Marta —cada vez más tenue.

Después de una larga lucha contra el peso de mis párpados, logro enfocar la mirada en el techo. Estoy en la cama, ¿mi cama?, no lo sé, solo sé que estoy en una cama. Parece ser de mañana, el sol me toca suavemente la mejilla izquierda.

Mi mirada sigue clavada en el techo. Contemplo el foco, cerca de él una mosca que camina despacio. Me quedo mirando, hasta que escucho a lo lejos de nuevo:

—Marta... Marta... Marta.

Me llaman, una voz distante y pausada. Me dice Marta ¿Me llamo Marta? Con desgano comienzo a orillar mi cuerpo hacia el borde de la cama. Los movimientos son lentos y torpes, pero después de unos minutos consigo transportar mi cuerpo hacia la otra habitación.

Suavemente lleno mis pulmones con aire, aire olor a humo y muerte. Mientras, camino a la habitación de al lado; al entrar por la puerta, no veo una habitación, sino un jardín verdoso y floreado, con un tenue olor a rosas. Me tallo los ojos con fuerza, seguro sigo soñando. Pienso que no puede ser real, vivo en el tercer piso de un edificio, en un pequeño apartamento. Vuelvo a abrir los ojos y el jardín sigue ahí; regreso a la habitación anterior con mucha confusión, esperando que todo sea parte de mi imaginación, pero no hay puerta ni habitación, solo una silla de madera vieja y polveada. Me vuelvo a tallar los ojos y alguien susurra suavemente en mi oído:

—Marta.

Quito rápidamente las manos de mi cara, volteo a todos lados y no veo a nadie, comienzo a asustarme. Voy a la cocina, ¿Cómo sé dónde está la cocina?, no lo sé, solo avanzo hacia ella. Abro el refrigerador en busca de un vaso de jugo, no hay jugo, solo botellas con miles de ojos que voltean y me observan detenidamente, analizando cada uno de mis movimientos. Un repugnante olor a putrefacción emana de aquel espacio.

—¡Carajo! —grito al ver semejante escena—, ¿qué es esta atrocidad?

Cierro la puerta del refrigerador con fuerza y miedo, comienzo a ponerme tan nervioso que tiro el vaso y se rompe. Volteo al piso y veo los pedazos rotos, me agacho para levantarlos, y en cuanto parpadeo, en mis manos sostengo una araña grande y monstruosa. Comienza a caminar por mi brazo con sus finas y negras patas, que se sienten como agujas en mi piel.

La lanzo enseguida mientras me alejo de ahí y comienzo a caminar por toda la sala, las manos en mi cabeza indican desesperación y pavor.

—¿Qué está ocurriendo? —me pregunto ansiosamente—. Sí, estoy soñando, sí. Eso debe ser, claro que eso debe ser.

—Marta, Marta, Marta —vuelvo a escuchar, esta vez cerca de mí.

Volteo con terror a todos lados, no hay nadie, ¿quién me llama?

—Estoy perdiendo la cabeza, sí, eso debe ser. Todo esto es un sueño, estoy perdiendo la cabeza —me digo mientras me pongo las manos en las orejas para callar a la voz que me llama.

Pero me percató que la fuerza ha hecho que se despegue de mi cuello el cráneo, que ahora flota en mis manos. Comienzo a hiperventilarme, mi cabeza ya no está pegada a mi cuerpo; intento volver a ponerla en su lugar, sin favorables resultados. Grito. Ya no puedo contener la sensación, las náuseas aparecen fuertemente y el

líquido de mi estómago comienza a escurrir de mi ombligo.

—Estoy perdiendo la cabeza, sí, eso debe ser. Todo esto es un sueño, estoy perdiendo la cabeza —me digo para tratar de tranquilizarme—, nada de esto puede pasar en la vida real.

Cierro los ojos y los aprieto fuertemente mientras sostengo mi cabeza, la sensación fría y viscosa del líquido de mi abdomen me empapa los pies.

—Esto es un sueño, yo lo sé, esto es un sueño, yo lo sé.

No soporto la conmoción, la habitación está empapada de olor a humo.

—Dormir, sí, eso es lo que necesito, regresar a dormir, sí.

Camino torpe y nervioso hacia el dormitorio, ya no está la silla vieja, ahora hay una cama. Me acerco, algo empaña mi vista, pero logro acostarme. Cierro los ojos, aprieto con fuerza mi cabeza mientras el líquido del ombligo llena la habitación como mar de pestilencia.

—¡Duerme!, ¡duerme!, ¡duerme! —le grito a mi mente, deseando dejar de existir—, duerme... duerme... duer...

Pierdo la conciencia, solo me queda en la boca el sabor a humo y el cuerpo empapado. Al fin duermo.

El tiempo transcurre, pero los débiles y somnolientos ojos se abren al escuchar la voz de alguien:

—Marta —dice con un tono lejano.

—Marta —escucho que repite, esta vez un poco más cerca.

—Marta... Marta... Marta —cada vez más tenue.

Después de una larga lucha contra el peso de mis párpados logro enfocar la mirada en el techo. Estoy en la cama, ¿mi cama?, no lo sé, solo sé que estoy en una cama. Parece ser de mañana, el sol me toca suavemente la mejilla izquierda.

Mi mirada sigue clavada en el techo. Contemplo el foco, cerca de él una mosca que camina despacio. Me quedo mirando y puedo oler el humo. Esa maldita mosca otra vez...



REFLEJO

En un pequeño pueblo alejado del bullicio de la ciudad vivía Gregorio Morales, un hombre obeso y solitario que había dedicado su vida a tareas simples: cuidar su jardín, hacer la compra y limpiar su casa. Su vida transcurría sin mayores eventos, hasta que un día, mientras paseaba por el mercado, encontró un misterioso espejo en una tienda de antigüedades que no había visto nunca por ahí. Era grande, con un marco dorado y una superficie opaca, parecía tener siglos de historia.

El dueño de la tienda, un anciano de mirada penetrante, le advirtió.

—Tiene un pasado oscuro. Dicen que muestra no solo un reflejo, sino también sus peores secretos.

Gregorio se rio ante la advertencia, pensó que era solo un truco de venta. Aun así, lo

compró por un precio módico, intrigado por su singularidad. Algo dentro de él lo llamaba sigilosamente. Lo llevó a casa y lo puso en el salón, en donde le diera la luz que llegaba de la ventana.

Durante las primeras noches, no notó nada fuera de lo común, el espejo parecía convencional. Disfrutaba posar frente a él, ya no tenía que caminar al que estaba en el baño y moverse hacia atrás para poder ver su reflejo completo. A pesar de su vida sencilla y su aspecto físico, a Gregorio no le incomodaba nada, estaba orgulloso del hombre que era, y desfilaba contento hacia el gran salón para poder contemplar su figura.

Pero a medida que pasaban los días, empezó a sentir una presencia inquietante, trataba de no darle mucha importancia, pero cada noche el recuerdo de su visita a la tienda le retumbaba en la cabeza hasta que se dormía preocupado. No estaba seguro si solo era sugestión o realmente

había algo malo en ello. Fue hasta que un día, cuando el sol caía, se dirigió al salón por un par de herramientas, y al salir, de reojo notó algo en el espejo. La habitación estaba con las luces apagadas, la poca iluminación venía de la ventana y acariciaba el espejo con tintineantes destellos de brillo. Se acercó lentamente y para su sorpresa, las sombras en él parecían moverse por sí solas; a veces, al mirarse, veía en su reflejo una expresión de desesperación que no reconocía.

Salió a prisa de ahí y se metió a la cama, tal vez estaba cansado de tanto trabajo y las malas noches de sueño le comenzaban a afectar. Mientras estaba recostado, no dejaba de repetirse esa cara en su mente, aquella frente fruncida, los labios tensos, y esos ojos de loco que gritaban horror. Toda la noche tuvo pesadillas. Estaba en la tienda, mirando cómo pasaba la gente y de cuando en cuando se asomaba por el vidrio a contemplar las antigüedades, pero nadie lo veía a él, que estaba atrapado en el interior del

espejo. Gritaba, golpeaba, la angustia lo tomaba y no lo soltaba.

Una noche, mientras leía en la sala, Gregorio observó un cambio sutil en el espejo. La figura de su reflejo parecía más hinchada y enferma, con los ojos vidriosos y vacíos. Se quedó mirando, inquieto, y pronto la imagen comenzó a hacer muecas grotescas y a gesticular como si intentara comunicarse. Gregorio sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Él no estaba haciendo otra cosa más que contemplar, estaba seguro de que su boca no se movía. No sabía si su reflejo había cobrado vida.

Cada noche se volvía más perturbador el asunto. Su figura en el espejo se deformaba más y más, mostrando una versión distorsionada y grotesca de sí mismo. Los movimientos eran torpes y casi caricaturescos, como si estuviera atrapada en una tortura interminable. Gregorio trató de ignorarlo, pero la imagen parecía moverse por sí sola, intensificando su malestar.

—Debe ser la soledad, me está volviendo loco.

Así que paseaba por el pueblo todas las tardes después de hacer sus tareas, visitaba una tienda diferente cada día y disfrutaba de contemplar a las personas a su alrededor. Pero ni eso llenaba el vacío que sentía muy adentro de sí. Estaba solo, siempre lo estuvo desde que creció.

Con el tiempo, la presión mental se volvió insoportable. Gregorio empezó a escuchar susurros que venían del espejo, murmullos incoherentes que llenaban su mente con imágenes de dolor. En sus sueños, estaba atrapado en un laberinto oscuro y angustiante, con la única compañía de su reflejo distorsionado que lo seguía, burlándose.

Ya había intentado de todo, tirarlo, romperlo, regalarlo, y cada vez que respiraba aliviado, volvía a la ventana del salón encontrándolo intacto. Cansado y agobiado, decidió enfrentarlo. Se paró frente a él con

determinación, mirándose a los ojos. La figura en el espejo, con esa asquerosa mueca, parecía suplicarle algo. Gregorio, al borde del colapso, extendió su mano hacia el espejo, tocando la fría superficie de vidrio.

En ese momento, tembló y el reflejo de Gregorio se estiró tanto que ya no tenía forma, como si el vidrio estuviera tratando de succionar su alma. Él intentó apartarse, pero algo invisible lo mantenía en su lugar. La habitación se llenó de un frío intenso y un grito ahogado emergió del espejo, resonando en todo el salón.

Cuando el caos cesó, Gregorio yacía en el suelo, temblando. El espejo estaba intacto, pero su imagen había desaparecido. En su lugar, reflejaba un vacío oscuro, como si no hubiera nada al otro lado. Se levantó, salió a la calle y deambuló cada día de su vida como si nada hubiera ocurrido. Las personas del pueblo notaban a Gregorio distinto, sonreía y saludaba a todos en la calle, compraba comida

a montones y caminaba hasta el crepúsculo. Su jardín se había secado por completo ante el descuido. Y el verdadero Gregorio dormía en la profunda oscuridad del espejo, suplicante y angustioso.



CONTRATO COLOR CARMESÍ

Los dedos se deslizaban con gran rapidez por las teclas, movimientos ágiles y precisos demostraban cuánto había sacrificado por alcanzar el banco en el que ahora se sentaba. En el último compás se percató que no podía detener los esfuerzos, la nota final debía ser la mejor. El hombre movía con velocidad las manos sobre el gran piano, mientras su frente sudaba gotas de cansancio y éxito.

El sonido del desenlace revoloteó por todo el teatro, alborotando a una multitud que aplaudía y alababa a tan gran artista musical. Se levantó del asiento y como de costumbre, elevó una sonrisa para después inclinarse al público como gesto de agradecimiento. Momentos después se giró y de nuevo regresó su rostro a la normalidad —Un gesto de soberbia y egoísmo fue lo que nunca mostró en la cara

del espectador—. Avanzó hacia el interior del escenario, detrás del telón movió suavemente los dedos mientras escuchó a alguien acercarse velozmente.

—¡Exquisito! ¡Magnífico! jamás conocí talento igual —dijo un hombre robusto con barba, mientras se limpiaba el sudor de la frente.

Levantó lentamente la cabeza, pensando en lo asqueroso y molesto que le parecía aquel, su cara reflejaba desprecio. Cuando al fin cruzaron miradas, de nuevo la falsa modestia salió a juego:

—Me congratula escuchar sus palabras, señor Augusto, espero que haya cumplido con sus expectativas —habló el pianista mientras emitía una sonrisa y lo saludaba cordialmente.

—¡Vah!, ¡qué dices!, el público quedó fascinado. En cuanto a mí, nunca dudé de tus capacidades, es una fortuna que hayas aceptado participar hoy aquí.

—Encantado de que me haya contactado, pero dígame, ¿qué lo trae a pasear tras bambalinas? —Soltó una pequeña risilla.

—Vengo a hablar contigo, el gobernador apareció hoy y te escuchó. Me pidió que te llevara a una pequeña reunión en su casa por la noche.

—Le agradezco, por supuesto que asistiré —Levantó el brazo y observó su reloj—. Vaya, qué tarde es, me retiro y espero verlo después.

Ambos hombres se despidieron, el pianista subió a su auto y con desgano cerró la puerta:

—Carajo, esta maldita gente me provoca náuseas —Se llevó las manos a la corbata, que estaba un poco floja y se la ajustó—, pero todo sea por la fama y el prestigio.

Enseguida puso las manos en el volante y comenzó su búsqueda por un hotel, decidió estacionarse en el Rosewood Mayakoba; bajó finamente y entró al *lobby*, seguido de pedir una *suite* presidencial se dispuso a descansar. No obstante, fue dos horas más tarde cuando un aturdidor sonido interrumpió su sueño, estiró el brazo al buró de al lado y levantó el teléfono.

La pantalla señalaba una llamada de un número desconocido, contestó una voz irritante y rasposa:

—Matías, disculpe la molestia, pero el conductor de la limosina ya se encuentra afuera del hotel esperando.

Posteriormente, el hombre colgó, tomó su saco y bajó a toda velocidad a la entrada, había olvidado por completo que tenía que ir con el gobernador. Subió fastidiado al auto, el chofer le saludó, pero Matías estaba tan de mal humor que no hizo el mínimo esfuerzo por responder; durante el trayecto hacia la fiesta, su cabeza se llenó de pensamientos, la música sin duda había sido su mejor apuesta. Agradecía no haber escuchado a su madre cuando esta le reclamaba que la abogacía le venía mejor —¡Qué patrañas!, esa mujer no sabía lo que decía, estaba más loca que una cabra —Pensaba silenciosamente mientras se acomodaba el traje.

Al final, después de un largo camino, llegó a su destino, el auto se detuvo frente a una

enorme mansión y alguien le abrió la puerta. Bajó como de costumbre, pavoneándose frente a la gente y entró; en la recepción se encontró con Augusto, refunfuñó al verlo y regresó a su papel de “persona agradable”; durante la noche se vio obligado a presentarse con un gran número de importantes personas, pensando cada segundo lo irritantes que eran las fiestas, pero lo bien que era reconocido por la alta sociedad.

Una vez terminada la cena, los invitados comenzaron a agruparse por sectores e intereses, él, por su parte, buscaba desesperadamente zafarse de cada persona que lo llamaba. Se encontraba hablando con el gobernador cuando a lo lejos sus ojos se clavaron en una bellísima mujer de grandes caderas y escultural cintura —llevaba un vibrante vestido color rojo, unas zapatillas descubiertas y costosa joyería—. Se mantuvo observándola durante un rato, ocasionalmente cruzaban miradas y ella le sonreía coquetamente. Comenzó a perder la atención en la conversación y se enfocó en la magnífica mujer.

—Parece que mis talentos han hecho bajar a Afrodita —se decía a sí mismo para inflar cada vez más su ego.

Pasada la medianoche, el baile comenzó. Las parejas invadían la pista y decidió acercarse a la mujer, pero en un abrir y cerrar de ojos la perdió; frustrado, volteó a todos lados para encontrarla, lo había cautivado y no estaba dispuesto a dejarla ir. Caminando por los pasillos del lugar, vio en una esquina que asomaba la zapatilla y la tela roja, se movió rápidamente y la alcanzó.

—Esta noche has cautivado mi ser con tu belleza —le dijo a la mujer—, sería un placer bailar a tu lado —hizo un gesto de duda hacia la dama.

—Némesis, me llamo Némesis.

—Peculiar nombre para una mujer tan seductora —le extendió cortésmente la mano para llevarla a la fiesta.

Ambos caminaron a la pista y bailaron suavemente, de fondo se escuchaba una canción:

*... Other dancers may be on the floor
Dear, but my eyes will see only you
Only you have that magic technique
When we sway, I go weak...²*

—No escuché su nombre, caballero.

—Matías —le susurró en el oído mientras la tomaba de la cintura y se acercaba.

El gobernador pronunció su discurso de agradecimiento y la fiesta terminó, el pianista había enamorado a Némesis toda la noche (o eso pensó) y ahora era momento de llevarla al hotel. Pero, aunque ella parecía interesada, le sugirió algo más.

—Qué opina, apuesto joven, si llevamos esta conversación a un lugar más privado.

El hombre estaba loco, se había perdido por completo en los encantos de aquella mujer, así que sin chistar la acompañó. Subieron a una limosina y llegaron a una lujosa casa, caminaron hasta la estancia, se sentaron y Matías escuchó:

² Fragmento tomado de Bublé, M. (2003). *Sway* [canción]. En Michael Bublé. 143 Records.

—Me parece un hombre magnífico y misterioso, sus palabras y sus movimientos me han dejado intrigada. Por eso, esta noche estoy dispuesta a ofrecerle algo.

Lentamente se bajó el delgado tirante del vestido. El hombre se quedó petrificado ante la situación y comenzó a ponerse ansioso; Némesis se detuvo y sacó del sujetador un pequeño trozo de papel, volvió a ponerse el tirante y desdobló la hoja que sostenían sus manos. La tonalidad de las lámparas en la habitación comenzó a descender hasta casi quedar a oscuras, pero Matías no se percató porque estaba sujeto a los encantos femeninos.

—Esto es un contrato, fírmalo y me tendrás tanto como quieras.

—¿Contrato? ¿sobre qué? no logro comprender.

—Sí, en él aceptas mantener lo que suceda bajo confidencialidad, ya sabes, nadie debe enterarse de esto. Después de todo, tengo una imagen que mantener.

El pianista tomó la hoja y la firmó, no se detuvo a leerla, pues las ansias dominaron por completo su ser —dejó de lado su ego, su poder, su talento y su orgullo—, estaba dispuesto a todo por pasar la noche con aquella diosa.

Subieron a la habitación y parecía ir muy bien para él, había valido la pena toda la espera. A la mañana siguiente, Némesis despertó y Matías se encontraba sentado en el borde de la cama, agachando la cabeza y sosteniendo algo en sus manos. Su expresión denotaba preocupación y horror, soltó la hoja y violentamente comenzó a jalar su cabello con desesperación, su voz se quebraba mientras sollozaba.

2 de octubre de 1874

PACTO BILATERAL

El presente contrato se realiza con el propósito de firmar un acuerdo de confidencialidad, las partes involucradas no podrán mencionar

ninguna situación a externos a este documento. La “ciudadana” Némesis Montero Real se compromete a cumplir todos los deseos físicos, morales y económicos que el ciudadano Matías Vargas Mendoza tenga. A cambio, el sujeto está dispuesto a otorgar su alma hasta el final de los tiempos y la nueva dueña estará en todo su derecho de usarla como le plazca.

Ambas partes deberán estar de acuerdo con lo señalado en este documento, que se registrará bajo las siguientes cláusulas:

1. Una vez firmado el contrato, ninguna ley o decreto podrá interferir para cancelarlo.
2. Si alguna de las partes comunica a agentes externos sobre la existencia de este documento, será sancionado con la muerte.
3. Bajo ninguna circunstancia, el alma dada podrá ser devuelta a su dueño

original una vez que se haya firmado este contrato.

Matías Vargas Mendoza

121

Némesis Montero Real

Ella se levantó de la cama, se sentó junto a él y colocó su brazo sobre su encorvada espalda. Matías elevó la mirada llena de lágrimas.

—Amor mío, ¿quién te dijo que el diablo era varón? —Una sonrisa macabra y unos ojos tan rojos como el infierno fueron lo último que vio.



UNA NOCHE CON EL HAW

Su alargado y negro ojo me atravesaba lleno de rabia desde el otro extremo del árbol, sabía que si apartaba la mirada de su temible rostro terminaría muerto en cuestión de segundos. Decidí respirar tan lento como mi atemorizado corazón me lo permitiera y esperar a que se cansara de observarme, pero parecía que el infierno no terminaría jamás. Lo observaba fijamente cuando mis débiles ojos me traicionaron, un solo pestañeo y lo perdí de vista ¿A dónde había ido?, los latidos en mi cuerpo se sentían más fuertes que nunca y la acelerada respiración impedía que pudiese callarme. A lo lejos solo escuchaba el chillido del veloz viento que arrastraba las hojas secas de los árboles mientras un suave susurro llamaba a la destrucción. Me encontraba solo en un bosque, a kilómetros de distancia, y con algo que no había conocido jamás.

¿Será mi hora? ¿Todo tenía que terminar de una manera tan despiadada? Volví a parpadear por un segundo que se sintió una eternidad y cuando mis ojos se abrieron ya estaba enfrente de mí. Una mirada dura y fría como hielo que era la puerta hacia mi muerte; ya no tenía caso intentar huir, el bosque era demasiado oscuro para poder correr y si no moría ahí seguro que lo haría otro día que me volviera a encontrar. Anticipadamente había corrido demasiado mientras me perseguía, ya no tenía una sola gota de energía para huir de nuevo.

Lo que parecía ser piel le colgaba de la cara cual anciano, había demasiado pelo oscuro que apenas y se distinguían sus bestiales facciones. Petrificado y sin más qué poder hacer, decidí que era el momento de mi fin. Pasaron un par de segundos entre miradas y después el claro de luna iluminó la mitad del rostro de la atroz criatura. Estupefacto por la deformidad de su fisonomía, mi respiración se cortó.

Su larga uña comenzó a rasgar tan lentamente mi espalda mientras yo aún tenía la mejilla recargada en el árbol. Cuando el dolor llegó hasta mi cadera, lo que se sentía como una gran garra me atravesó el torso sin piedad, un grito sordo salió de mi garganta después de que la sangre corriera como río por el empedrado suelo.

Pronto mi cara fue invadida por grandes, verdes y afilados dientes que arrancaban a trozos cada parte de ella mientras yo seguía vivo: Primero un cachete, el ojo izquierdo, lentamente la nariz...

Ya ni siquiera me invadía el miedo, lo había conseguido y yo al fin estaba muriendo tan lenta y desgraciadamente. ¿Y todo por qué? Por solo curiosear en un viejo libro del ático.

El asqueroso animal sacó sus dientes de mi rostro y me arrastró por todo el bosque con sus largos tentáculos mientras mi cuerpo se desaguaba. Lo último que sentí fue su acelerada respiración en lo que se supone era mi cuello, o

lo que quedaba de mí. Aturdido y moribundo, su enorme hocico cubrió toda mi cara y... mordió.

MUERTE, BESTIA DE NEGRO

“Pick, pick” se escuchaba cerca de las tres de la mañana, la ventana se azotaba violentamente por el aire, me quité la sábana de encima y a tientas observé qué sucedía del otro lado del cristal. Una pequeña silueta parada en el balcón, un ser con alas y curvo pico me observaba fijamente. Después de unos segundos de cruzar miradas nocturnas, encendí la luz y abrí la ventana. La fuerte ventisca entró sin piedad a enfriar el cuarto entero, mientras asomaba la cabeza para contemplar al animal; los destellos de luz dejaban ver una parte del ave, se trataba de un cuervo. Era extraño, no era una especie común en la ciudad.

Unos momentos después, regresé a la cama, pero en cuanto me dispuse a extender el brazo para tomar la manija y cerrar la ventana, una voz profunda y grave retumbó en mi oído: una risa.

Voltee, no había nadie más. Comenzó el escalofrío por toda mi espalda hasta que giré la mirada al frente, se hallaba el negro cuervo. En un parpadear el animal logró colocar su cara justo enfrente de la mía. Situación desconcertante y aterradora, sus ojos se veían tan oscuros como la noche. Me asusté y rápidamente retrocedí al interior de la habitación, pero el ave me siguió dando brinquitos por los muebles que encontraba cerca. Me metí a la cama y lo observé en su recorrido por todas partes, mientras su graznido impregnaba el lugar. Pronto terminó por acabar encima de la sábana y de nuevo se posó en la cercanía de mi rostro. Volví a escuchar una risa con esa voz grave.

No me podía dar el lujo de quitarle la mirada al animal, y sabía que no había nadie más ahí. Pronto el cuervo agachó la cabeza lentamente y terminó por mostrarme su pequeña frente. Mantuve quieta la mirada en la espesura de aquellas plumas, hasta que sentí como si algo

me llamará a acercarme hacía él. No pude contener la sensación y me acerqué. Mis ojos se clavaron intensamente en el color de noche, y poco a poco una luz azul se extendió por la frente del animal.

No sentía miedo ni angustia, solo curiosidad por el punto luminoso que emanaba de su cabeza. Seguí contemplando, cada vez la luz se expandía más. Después de unos segundos alcanzó el tamaño de un balón, y pude admirar su interior; parecía una puerta hacia algo más allá. La luz se desprendió del cuervo y comenzó a flotar hacia el techo lentamente; mientras tomaba una forma tridimensional, se volvió una pelota de luz que volvía a descender a donde estaba. Cuando se quedó frente a mí, el cuervo ya había desaparecido y la esfera no me dejaba apartar la vista.

No puedo explicarlo, pero aquella cosa me atraía como un imán. Extendí mi mano y acerqué un dedo; no había sensación. Poco

a poco metí la mano entera, para después sumergirme por completo.

Dentro, mis sentidos se llenaron de colores, formas y olores inexplicables. Parecía un universo totalmente diferente a todo lo que había conocido antes, sin forma flotaban por aquel espacio. A lo lejos una masa verde se acercaba con rapidez hacia mí, pude percatarme que se trataba de aquel intruso en mi habitación, solo que ahora de un color vibrante y resplandeciente. Comenzó a hablar con aquella voz profunda:

—Así que, estás aquí —me decía—, parece que serás el afortunado de esta noche, acompáñame.

Lo seguí, tratando de caminar, después correr y por último, nadar. Durante un buen rato avanzamos por el vacío, hasta que de un golpe se detuvo y miró hacia el frente. Una vieja puerta de madera flotaba en el centro, me hizo un gesto con la cabeza para que la abriera.

Sin cautela, tomé la manija con fuerza y la giré, empujando levemente la puerta. Me sorprendió un poco que al otro lado de la puerta se veía una habitación. Miré al cuervo de nuevo, no dijo nada. Entré despacio, la luz estaba apagada, pero de alguna manera, el olor y las formas me parecían conocidas. Anduve a tientas hasta que sentí el apagador, lo presioné e inmediatamente quedé desconcertado. El lugar se veía exactamente igual a mi habitación del departamento, la ventana abierta, las sábanas desacomodadas, incluso el sillón viejo que dejó el inquilino anterior y jamás se llevó. Todo parecía igual pero extraño a la vez. Me acerqué a la ventana y saqué la cabeza para mirar el exterior, y la ciudad estaba ahí igual que siempre.

Sonó una risa extraña.

Giré hacia la puerta para ver al ave y de un golpe se cerró. La situación parecía más extraña que antes, no comprendía por qué el ave me había llevado hasta el mismo lugar del que me sacó.

—Quizá solo fue un sueño —pensé, y no quise preocuparme más. En los sueños todo es raro, estás en un lugar y de repente ya es otro que conoces, con personas que nunca has visto y haces cosas sin sentido.

Regresé a la cama, esperando que en cuanto cerrara los ojos despertara en mi habitación real. No podría describir cuánto tiempo estuve dormido, sentí que fueron un par de horas y pronto iba a amanecer. Volví a cerrar los ojos.

Tiempo después, el estómago me pidió comida, así que me levanté a preparar algo. Miré la ventana, aún oscurecía, pero seguro que solo era cuestión de minutos para que amaneciera. A veces tenía la costumbre de levantarme por la madrugada a preparar comida, era un mal hábito que me había enseñado mi hermano cuando éramos chicos.

Miré el reloj, apenas las cuatro. Después de la merienda regresé a la cama, pero algo dentro de mí me decía que no estaba bien, no podía

dormir. En la ciudad, cuando las personas no pueden conciliar el sueño, salen al pasillo o a las escaleras a respirar, así que tomé mi chamarra y caminé hacia la puerta. Mi mano estaba en la perilla, y justo antes de girarla, en mi mente llegó el recordatorio de que ese día tenía que trabajar temprano, lo mejor sería tratar de descansar. Me alejé de la puerta y volví a la cama, después de varias vueltas, el sueño me consumió.

“Pick, pick”, un sonido en la ventana me despertó, sonaba como el cuervo, pero cuando encendí la luz no había nada. Miré el reloj de nuevo, las cinco. La noche me parecía lenta, pensé que pronto amanecería. El sueño se había disipado totalmente, así que decidí levantarme a preparar mis cosas para el trabajo, hacer el desayuno, planchar la ropa, meter todos los documentos en el maletín para la junta con el fiscal. Mi cuerpo se sentía enérgico, despierto. Calculaba que tardaría unas dos horas en acabar de preparar todo, acabaría a las siete e incluso

podría salir a correr un poco al parque que está cerca del edificio.

Tomé una ducha. Me secaba el cabello frente al espejo cuando noté algo raro en mi reflejo. El lunar que tenía en la oreja derecha ahora estaba en la izquierda —Quizá sigo algo dormido—. No le di mayor importancia, seguí preparándome para el trabajo, pero mientras me acomodaba la corbata, miré el reloj a través del espejo. Cinco a.m. Comencé a asustarme. Estaba seguro de que cuando me levanté era la misma hora, no había manera de que siguiera siendo la misma. Lo más seguro es que se le habían acabado las pilas, las cambiaría después del trabajo.

Tomé mi maletín y me acerqué a la puerta, mi mano tocaba la manija cuando entonces recordé, abrir las cortinas de la habitación siempre ayudaba a que el cuarto se sintiera acogedor a tu regreso, o eso decía mi madre desde que tengo conciencia. Regresé a abrir

las cortinas, afuera seguía oscuro. —Caminaré hasta el trabajo, para así gastar un poco el tiempo —me dije.

—¡Las pilas! es verdad, casi lo olvido —Bajé el reloj de la pared y lo voltee para tomar una de las pilas y guardarla en mi bolsa.

Caminé de nuevo a la puerta, tomé la manija otra vez, y entonces recordé que ya no quedaba comida en el refrigerador desde hacía días. Estaba cansado de comer en las fondas y puestos de la calle, por lo que decidí que, si tenía tiempo de sobra, haría la lista de comida para comprar. Fui hasta la cocina, dejé el maletín en la mesa y comencé a escribir todo lo que necesitaba para la cena: medio kilo de huevo, una bolsa de arroz, un kilo de tomates, una mayonesa mediana, dos kilos de lenteja...

Tardé bastante tiempo, la guardé en la bolsa de mi pantalón para no olvidarla y caminé de nuevo hacia la puerta. Mi mano estaba en la manija, antes de girarla, miré hacia la ventana.

Aún seguía oscuro. Eso comenzó a asustarme, ya había gastado al menos unas tres horas desde que me levanté de la cama. Miré el reloj de nuevo. Cuatro a.m.

No dije nada, pero mi corazón se aceleró en cuestión de segundos, hacía tres horas eran las cinco, y ahora son las cuatro. La situación ya me parecía bastante preocupante, hasta que entendí que no era lo único que estaba mal.

—El reloj no tenía pilas —el aliento se me quebró.

Rápidamente tiré el maletín al suelo, corrí hacia donde estaba colgado el reloj y lo bajé, al voltearlo, sentí que el corazón se me paró. Las dos pilas estaban ahí, me toqué la bolsa del saco, ya no tenía la que había guardado. Con miedo se la volví a quitar y la puse en la bolsa.

Ya no quería estar en el cuarto, algo raro sucedía. Seguramente solo seguía adormilado y estaba exagerando las cosas. Trataba de calmarme. Levanté el maletín y continué mi

camino hasta la puerta. Nuevamente puse mi mano en la manija, la giré. No se movió.

Repetí el movimiento, ahora con más fuerza. Jamás había deseado tanto llegar al trabajo.

Nada, no importaba cuánto la girara, simplemente no se abría. Mi respiración se cortaba, el sudor comenzaba a escurrir por todo mi cuerpo y un escalofrío me recorría cada rincón del alma. Mientras luchaba por abrir la puerta, un ruido me hizo voltear rápidamente hacia la ventana.

“Pick, pick”, no había nada afuera. Eso me asustó aún más, mi desesperación me hizo patear la puerta, gritar para que alguno de los vecinos me escuchara. Lloraba con todas mis fuerzas, pedía ayuda.

“Pick, pick”, no dejaba de escucharse cada vez más constante. Sentía que los ojos se me saldrían de las cuencas de la desesperación. Era como si en ese edificio no viviera nadie, no había señales de ayuda.

Golpeaba, pataleaba y gritaba tanto como podía, era imposible que nadie me escuchara. De vez en cuando volteaba a la ventana, aún estaba oscuro.

Me cansé, todas mis energías se agotaron por el esfuerzo, mi lucha parecía inútil, nada podía abrir esa puerta. Entonces pensé que, si alguien me escuchaba gritar por la ventana, seguro que me ayudarían a salir. Corrí hacia allá y miré abajo; cinco pisos no eran suficientes para aislar el sonido, era seguro que incluso las personas en la calle me escucharían.

Comencé a gritar por ayuda, hasta que recordé que aún estaba oscuro y seguramente nadie estaría despierto. Pero no me importó, grité y grité hasta quedarme sin voz. No hubo respuesta, ni una sola luz encendida en el edificio de enfrente que me diera esperanza. Mi última opción era intentar salir por la ventana, al menos para tratar de llegar al departamento de al lado y tocar la ventana. La cenefa era muy

delgada para caminar hasta el otro lado, pero tenía que intentarlo. Tomé todas mis fuerzas y salí de la ventana, me aferré a todo lo que pude. Llegué a la otra ventana, con un leve golpeteo la hice sonar, con la esperanza de que alguien ahí adentro me escuchara. No hubo respuesta. Nuevamente toqué, esta vez un poco más fuerte. Nadie.

Los brazos me dolían, mis piernas estaban cansadas y no podía moverme un centímetro más. Estaba sujeto de un pequeño barrote en la pared del edificio. Si no me sujetaba bien, moriría por la caída. Afuera aún seguía oscuro.

No pensaba darme por vencido, toqué de nuevo y grité por ayuda. Pero nadie salió. Ya no sabía qué más hacer, estaba destinado a morir en esa misión. Y justo cuando iba a soltarme, un rechinado me regresó. La ventana se había abierto, me sentía aliviado y feliz, alguien había escuchado mis súplicas, tal vez Dios, tal vez el vecino, no importaba ya porque al fin podría salir.

Rápidamente abrí por completo la ventana y entré. Adentro estaba oscuro, caminé a tientas y en cuanto sentí el apagador, lo presioné.

—No

—¡No!

—¡NO!

—¡NOOOO!

Me agarré la cabeza, jalé mi cabello con rabia y desesperación, el aire bufaba en mi nariz, la saliva salpicaba de mi boca. Mis ojos estaban más abiertos que nunca y todo mi cuerpo se tensó con dolor. Era mi habitación.

Corrí a la puerta, giré la manija y no se movió. Grité, pataleé con todas mis fuerzas, me lancé contra la madera. Nunca se abrió.

Me rendí. Afuera seguía oscuro.

Estaba a punto de tirarme a la cama cuando volteé al espejo, el reloj marcaba las cinco a.m. y en mi reflejo desapareció el lunar de mi oreja derecha, ya no estaba en la izquierda tampoco.

Ya no estaba ni mi cabello, mi nariz, mi boca, ni siquiera mi rostro. Lo único que pude observar en ese reflejo fueron un montón de plumas largas y negras, y un pico grande y filoso.



LA MUJER QUE MIRA

Terminé en esa isla por pura casualidad, igual que todos los demás viajeros. El día que me había embarcado en busca de nuevas tierras, me arrastró una tormenta, después de noches sin esperanza. Me había quedado sin comida.

La última noche, sin rumbo y al borde de la muerte, me quedé dormido. Me despertó el golpe del barco estampándose con tierra, bajé como pude con mi débil cuerpo y adentré en un bosque inmenso (extraño acontecimiento). Caminé sin parar, con aquel viento que susurraba a mi oído. Al caer la noche me tiré agotado junto a un arbusto, mientras mi cuerpo me comía por dentro a cada segundo. Ni una sola gota de agua. Ahí no había más que tristes y viejos árboles, retorcidos y llenos de carroñeros —que desde las alturas vigilaban cada uno de mis pasos—. El cansancio me ganó, entré en un profundo sueño.

Cuando volví a ser consciente, estaba cubierto de hojas negras por doquier; ya era bastante tarde, así que me levanté enseguida y seguí mi camino en busca de comida. Casi al atardecer, después de muchas horas, a lo lejos observé una enorme puerta de madera y paredes cubiertas por la hierba.

Mi alma saltaba de júbilo, caminé con ansias hasta llegar a la entrada. Tenía un arco de madera tallado a mano con hermosas figuras barrocas. La contemplé unos segundos y después ya no perdí más tiempo, llamé a la puerta, implorando que me dejaran entrar. Al poco rato escuché unos pasos y la puerta se abrió, pero lo que escuché ahí me quitó la poca felicidad.

Les conté a las personas del lugar que venía de un pueblo muy lejano, y cada año me embarcaba en un viaje para conocer nuevas tierras y personas que me mostraran nueva magia que ayudara a mi gente. Ellos me miraban con tristeza, hasta que uno se atrevió a contarme

su pesar. El lugar tenía un hechizo, existía un espíritu maligno —resultado de un castigo de un antiguo brujo por haberle quitado un ojo— que tenía la tarea de machacar el alma de los pueblerinos y llenarlos de terror toda su vida.

—Aquella maldita no hace más que perturbarnos, las personas están cansadas y asustadas de todo lo que pasan. Te imploro, Aedus, ayúdanos.

Al escuchar sus pobres súplicas, decidí ayudarlos a deshacerse de ese temible ente. Primero tenía que investigar los hechos, y el reloj en mi contra. Tenía cinco días para acabar con esto o me quedaría encerrado, así que fui de casa en casa preguntando.

Todas las noches, cuando cierro los ojos, aquella cruza las paredes y se queda mirándome con los ojos bien clavados, abriéndolos tanto que parece que se saldrán de sus cuencas. Ahí permanece y no hay nada que la mueva hasta el amanecer.

Así continué con los demás:

La maldita se pasea por aquí siempre al caer el sol, cuando ya estoy acostado se escucha el rechinado de la puerta, lentamente el pavor me invade. Las ventanas se azotan a más no poder y a mis hijos los saca a jalones al bosque.

A mi casa siempre viene y tira toda la porcelana, una a una hasta que no queda nada, y cuando ha terminado, comienza a arrastrar las sillas por todo el comedor.

Pasé tres días escuchando historias poco aterradoras, pero me dejaban intranquilo, al punto de que cerrar los ojos al dormir me daba pánico. Sin embargo, en la casa en donde me quedaba jamás pasó nada —al no pertenecer a aquel lugar, la maldición no me afectaba—. Pero sí escuchaba los quejidos de la mujer, eran desgarradores, parecía que la mataban tan lentamente que su sufrimiento era interminable. Me erizaba cada vello, y los gritos desesperados de los habitantes no dejaban de sonar hasta que salía el sol. Una parte de mí se preguntaba por

qué había aceptado la tarea con tanta facilidad. Si no resultaba me quedaría ahí y sufriría igual que ellos. No lo entendía.

En el cuarto día fui a la casa de la mujer más vieja, ahí encontré las historias más aterradoras:

Fui la primera persona en llegar aquí, he visto cómo la gente se queda. El lugar es muy traicionero, cuando intentas salir de la isla pasa de todo y no lo logras. Así se han quedado familias enteras de desafortunados; cuando la isla tiene insuficientes habitantes comienza a aparecerse para atrapar a más viajeros y convertirlos en polvo.

Cuando el brujo dejó a la mujer diabólica aquí, mi vida fue peor. A veces, cuando estoy cansada de trabajar y me recuesto, la veo entrar por la puerta, observándome desde el otro lado de la cama. Cuando está de humor para molestar, toma un grueso palo de madera y golpea tan fuerte los barrotes de la cama. Se sacude como un temblor y al mismo tiempo resuena su risa diabólica. Es tan aterrador que lo único que puedo hacer es meterme

bajo las cobijas y esperar a que se canse mientras me muero de terror y mis ojos se abren de par en par, suplicándole a Dios que me ayude a resistir. Pero ni Dios ni nadie me ayuda, no me deja hasta que el sol entra por las ventanas.

En otras ocasiones, cuando el invierno llega y entra hasta en las botellas de leche y las congela, se acerca la desgraciada y se lleva mis harapos y cobijas a otros cuartos, los jala cuando estoy durmiendo o incluso me lleva a mí. Me arrastra por toda la casa sin parar. Y yo, tan vieja que soy, me resulta imposible zafarme de sus juegos, lo único que puedo hacer es gritar a todos los vientos por ayuda y sin que nadie aparezca. Entre nosotros no nos ayudamos, aunque lo escuchemos, hemos aprendido que solo empeora las vidas de quien se acerque, así que sufrimos solos.

El aire seguía susurrando muerte por las ventanas y las plantas de los pies se me ponían frías, parecía tan cansado y desgastante todo el tiempo.

La última historia que me contó la anciana fue la peor de todas:

Hace muchos años yo vivía en esta misma casa con cinco hijos, y tenía poco de la maldición. Mi esposo había muerto antes de llegar a la isla, así que yo me encargaba de todo, ellos eran pequeños y no entendían por qué nos pasaban cosas tan malas, pero yo siempre trataba de calmarlos.

Una noche les contaba historias para dormir en la habitación del más pequeño. La mujer entró y azotó la puerta tan fuerte que se cayó en pedazos. Los niños, asustados, se metieron debajo de las cobijas a toda velocidad, mientras yo me quedé mirándola, temerosa de que pudiera hacerme algo. Jamás la había visto de frente y desde ese día no pude olvidar su afilado rostro, sus cejas pobladas, tenía unos labios delgados y una cabellera no muy larga pero enmarañada. Era pálida. Yo me quedé petrificada, la piel le colgaba y sus expresiones daban tal terror que sus minúsculos gestos penetraban en lo más profundo de mi alma.

Después se acercó a uno de los costados de la cama y se quedó analizando uno de los bultos de debajo de las cobijas. Estaba horrorizada, no pude mover un solo músculo y en un abrir y cerrar de ojos desapareció; el ambiente se sentía tan espeso como cuando entró, el aire corría por el cuarto como si no hubiera paredes y la temperatura comenzó a disminuir rápidamente.

Segundos después mis hijos comenzaron a gritar. Aún asustada, quité a toda velocidad las cobijas de encima y los vi, estaban en posición fetal cubriéndose los oídos mientras gritaban con todas sus fuerzas.

La escena me desgarró el corazón, no sabía qué les sucedía. En eso, mientras los demás seguían a todo volumen, uno de ellos se levantó de la cama con la mirada roja y llorosa, silencioso comenzó a caminar hacia afuera. Yo lo veía sin comprender. Parecía hipnotizado. Al llegar a la puerta se volteó hacia mí, sus ojos estaban negros, vacíos. Su alma sufría, como si se quemara en las llamas

del infierno lentamente. Sonrió de la manera más macabra posible y siguió caminando.

Los gritos me habían dejado tan aturdida que ya solo escuchaba el zumbido que invadía mis oídos. Dio vuelta en dirección a la cocina. Dudé por unos segundos si debería ir a su encuentro, la mirada me había dejado perpleja, sin aliento y llena de miedo.

Me levanté después de meditarlo, caminé hasta allá con pasos dudosos y lentos. Lo miré, tomaba uno de los cuchillos. Creo yo que sintió mi presencia y se volteó con el arma en la mano. Me miró febrilmente y se acercó lentamente. En ese momento me di cuenta de que ese no era mi hijo.

Enseguida corrí a mi habitación y me encerré, estuve ahí un largo rato hasta que el sonido del silencio invadió toda la casa. En esos momentos recordé que había dejado a los demás en la otra habitación. Por mi cabeza pasaron espantosas escenas, todas ellas con un final tan aterrador que el frío me recorría los huesos. Pero la duda

me detuvo, no había escuchado un quejido o grito desde que salí de la cocina.

Me armé de valor y abrí la puerta, miré hacia afuera y nada, así que tomé un palo y salí, me adentré al cuarto del más pequeño. Al llegar, ¡oh! sorpresa que me lleve.

Uno de mis hijos estaba tendido en la cama, con una herida grande como su pecho, se había desangrado y había muerto lentamente. El corazón se me cayó a pedazos, me tiré enfrente de la cama mientras lloraba y gritaba por su vida, aquel que ni culpa ni pecado tenía, y que su madre no había podido cuidar ni salvar por cobarde.

Me levanté y fui en busca de los otros tres. No había señal de ninguno, incluso salí a la calle a buscarlos y pedir ayuda, pero parecía que todos estaban bajo un profundo sueño y sus oídos eran la puerta sellada de un calabozo. Nadie acudió a mi llamado.

Nuevamente entré a mi casa, la preocupación y la angustia me recorrían todo el cuerpo, su vida

estaba en riesgo y no los hallaba. Fue hasta tiempo después que se me ocurrió ir al sótano. Abrí la puerta, bajé las escaleras a toda velocidad —aún con el palo en mis manos— mientras que las gotas de sudor caían de mi frente por el miedo y la angustia.

Pisé el último escalón, encendí la luz y vi algo que me heló la sangre. Mis pobrecitos niños estaban amarrados de pies y manos en el centro de la habitación. Golpeados por todos lados. Podía ver los grandes moretones en su piel. En cuanto me vieron comenzaron a llamarme y a gritar.

—Mamá, por favor ayúdanos, fue Angus. Tenemos mucho miedo.

Estaba destrozada, pero rápidamente recordé a Angus, voltéé a todos lados del sótano y no lograba visualizarlo; fue entonces que escuché el rechinado del piso. El sonido venía del rincón en donde la luz no entraba. Temerosa, me acerqué, y ahí pude contemplar una de las peores escenas que mis ojos quisieran ver.

De una de las vigas del lugar, un lazo grueso colgaba. Mientras bajaba la mirada, observé que mi hijo, mi pequeño niño, estaba encima de un banco de madera, con la soga recorriendo su pequeño cuello.

Aún con esa mirada tenebrosa de antes, me vio unos segundos, volvió a sonreír y el banco salió disparado hacia mí con una fuerza descomunal, como si una mano invisible lo hubiera lanzado para matar. Caí rápidamente al suelo para no ser golpeada.

Volví a mi niño. Ya era demasiado tarde. Se había ahorcado. Intenté sacarlo del lazo, pero fue imposible, estaba tan apretado que ni un intento tuvo éxito. De nuevo se me deshacía el corazón. Otra de mis criaturas había muerto y yo no pude hacer nada para salvarlo. El dolor y el llanto me invadieron.

Giré a una de las repisas cerca de ahí y con un machete corté el lazo, sostuve a mi hijo sin vida entre mis brazos durante un largo rato, lo abracé

tan fuerte como me fue posible y le pedí perdón por no haberlo salvado, lo hice tantas veces hasta que me cansé.

Mis otros pequeños observaban la escena horrorizados, las lágrimas corrían por sus ojitos. La pérdida de sus hermanos era irreparable.

Los desaté y me abrazaron fuertemente, mientras sus pobres piernitas no dejaban de temblar. Durante un rato estuvimos así, y luego subimos a la casa.

Los senté en la cocina, les preparé leche caliente, y mientras ellos se calmaban, fui al cuarto donde se encontraba mi hijo ensangrentado. Lo levanté y lo mantuve en mis brazos. Le cambié la ropa y lo acosté en mi cama, bajé al sótano e hice lo mismo con Angus. Cerré la puerta y regresé con los otros tres pequeños, asegurándome que la maldita desgraciada se hubiera largado ya. Sentada en la mesa con mis últimos tres retoños, pude ver cómo llegaba el amanecer y entraban los rayos del sol por las ventanas.

Lloré. Esta vez de alivio al saber que mis hijos estaban a salvo por hoy. Esa mañana, con el corazón dolido, salí a contarle todo al pueblo y enterramos a mis dos niños en el bosque. Me despedí con la tristeza del mundo, de la misma manera que sus hermanos lo hicieron.

La noche pronto llegaría de nuevo, no quería estar en casa. Sería mejor dormir con una amiga vecina. Llevé a los niños a su casa y nos dispusimos a descansar, pero ¿quién puede dormir después de todo eso? Me levantaba cada cinco minutos a verlos. Afortunadamente esa noche todo estuvo tranquilo en aquella casa.

Así terminó el relato, ella lloraba un mar de lágrimas al recordar a sus pobres hijos. Me dijo que el alma de esa mujer podía ser tan cruel y despiadada como el mismo diablo, y que a pesar de que se les habían ocurrido mil formas de quitar el hechizo, nada había dado resultado.

Estaba cansado, ansioso y tenía muchas preguntas, pero lo mejor sería irse a casa. El

tiempo se me acababa, solo me quedaba un día para ayudar a esta pobre gente y seguía sin saber cómo. En mis sueños solo aparecían las escenas que acababa de escuchar, toda la noche tuve pesadillas insostenibles.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano al escuchar el sonido de la puerta, alguien llamaba. Pedí que entraran, era el líder. Tenía que ayudarlos antes del mediodía o me quedaría atrapado para siempre. Me vestí enseguida y salí al centro de la explanada, me puse en el piso, cerré los ojos. Tal vez meditar me daría una solución.

Mientras estaba ahí, tratando de mantener la calma, un sentimiento amargo nació en mi interior. Seguía sin entender qué hacía ahí, porque aún no me había ido, a pesar de saber el peligro que corría. Pronto la sensación de incertidumbre se hizo más y más grande, estaba perdiendo la concentración. No podía, simplemente no podía poner en paz mi mente,

me imaginaba los horribles escenarios que sufriría si no me movía y salía de esa isla ya. Mi cuerpo se tensaba, los dientes se me apretaban y ya no podía abrir los ojos. El tiempo pasaba y mi cuerpo no respondía, era como si algo me atara al sufrimiento. El reloj marcaba cuarto para las doce.

Me sobraban quince minutos, escuchaba el tictac en mi cabeza. Meforcé al control, mi vida dependía de ello. Pero cuando creí que al fin iba a recibir una respuesta a mis peticiones, la presencia, que al principio se sentía como esperanzadora, cambió. Escuché en mi interior una risa malvada y burlona.

La desgraciada mujer me había engañado. Luché con todas mis fuerzas por sacarla, la gente en la plaza solo observaba atónita cómo la voz cambiaba de un momento a otro y gritaba. Estaba contra tiempo, ya no me importaba la gente, lo único que quería era salir corriendo de ahí, subir a mi barco y regresar a mi pueblo.

Luché, luché hasta más no poder, pero la bestia no desistió ni un segundo mientras reía. En el fondo, escuché el tictac, tictac. El reloj sonó con gran estruendo. Las doce en punto. No pude salvar a los pobres pueblerinos ni a mí tampoco.



COMBUSTIÓN

Cuando llegó a la antigua mansión de su tía abuela no pudo evitar sentirse fascinada por la herencia que le había dejado. Era una construcción imponente con arquitectura que parecía sacada de un sueño inquietante, llena de pasillos laberínticos y habitaciones escondidas.

La primera vez que Laura cruzó el umbral, una sensación de frialdad la envolvió, lo atribuyó al hecho de que la mansión llevaba años deshabitada. Las habitaciones estaban llenas de polvo y los muebles cubiertos con sábanas blancas. A medida que exploraba, la fascinación inicial de Laura se transformó en incomodidad. Los pasillos se alargaban interminablemente y las puertas se cerraban solas detrás de ella con un eco siniestro.

Comenzó su exploración en el primer piso, y pronto se dio cuenta de que algo no estaba

bien. Los cuartos eran vastos y opulentos, pero también estaban desordenados y llenos de objetos incongruentes. Espejos que no reflejaban nada, relojes que avanzaban sin marcar el tiempo y cuadros que parecían seguirla con sus ojos pintados. A medida que pasaba el tiempo, la sensación de desorientación se volvía cada vez más intensa.

Al intentar encontrar una salida, Laura descubrió que los pasillos se torcían y se bifurcaban en caminos que no llevaban a ninguna parte. Las escaleras parecían cambiar de dirección y las habitaciones se repetían con sutiles diferencias. Cada vez que creía haber encontrado una salida, el nuevo camino solo la llevaba de vuelta al mismo lugar. La casa jugaba con ella.

No había manera de que estuviera ocurriendo todo eso. Cada que tomaba uno de los pasillos se percataba de que caminaba al menos por diez minutos para llegar a alguna

habitación. En el comedor, al abrir la puerta, veía que había otra en medio de la pared y se acercaba a ver. Giraba la manilla y volvía a entrar al mismo lugar, donde veía otra puerta cada vez que buscaba salir.

Una ocasión, Laura se encontró en un salón que parecía completamente ajeno a la mansión, con un cielo estrellado visible a través del techo. El lugar estaba adornado con muebles de lujo y un piano antiguo en una esquina. A medida que se acercaba al piano, escuchó una melodía que parecía ser tocada por manos invisibles. El sonido era a la vez hermoso y perturbador.

Al buscar una respuesta, se dio cuenta de que no estaba sola. En las sombras, entre los muebles, podía percibir movimientos fugaces, pero cada vez que giraba la cabeza, no había nada ahí. Su mente comenzaba a jugarle trucos, creando figuras y rostros en el borde de su visión.

Perdió la noción del tiempo y del espacio.

La casa parecía hacer eco de sus pensamientos, transformando cada rincón en un reflejo distorsionado de su propia psique. Cada habitación que exploraba estaba llena de recuerdos olvidados y sueños rotos, amplificando su desasosiego. Después de muchos intentos dejó de buscar una salida y comenzó a vagar sin rumbo hasta que la locura la consumió, atrapada en una maraña de pasillos que se retorcían en sí mismos. Entonces se dio cuenta, ella no era ella, no era Laura, era su tía bisabuela que seguía embaucada en los agujeros del tiempo, en un bucle repitiendo el mismo escenario. Y la casa, vacía por dentro, sería habitada la siguiente vez.

Las oraciones carecían de sentido
Pero —en ¿vida Qué /resplandece.
Esta?, de coherencia





CENTRO VACACIONAL PARA EXTRATERRESTRES VERDES A. C.

—(¿Ya casi llegamos? Llevamos horas volando y ya no siento las pompis).

—(¿Podrías callarte de una vez y ser paciente? Te dije que ya estamos cerca).

—(¿Eso dijiste hace más de media hora! Te dije que preguntáramos en la estación galáctica, pero el señorito no quiso).

Así volaron un par de horas más, hasta que llegaron a un camino bifurcado:

—(¡Demonios! ¿Cuál será el correcto?).

Después de una discusión entre ambos seres de color verde, el conductor decidió tomar el camino de la derecha y continuar el viaje con destino al Centro Vacacional para Extraterrestres Verdes A. C.; de nuevo, el copiloto comenzó a invadir la cabeza del conductor para quejarse, pues estaba entrando polvo de estrellas por las

ventanas debido a la reparación del Puente Marte, a causa de la estampida de perritos calientes galácticos de la semana pasada.

—(¡Ahí! Puedo verlo, esa gran bola azul, date prisa).

El conductor aceleró, pues su amigo ya lo tenía harto y solo estaba deseando al fin encontrar las gelatinosas cascadas de moco rosa para refrescarse. Al llegar al planeta, cruzó la atmósfera y buscó dónde estacionar la nave, pero todos los lugares en las azoteas estaban ocupados por unos enormes cilindros llenos de agua que decían “Rotoplas” y de unas criaturas raras de cuatro patas que enseñaban los dientes cuando se acercaban; afortunadamente encontraron un gran espacio cerca de una construcción pequeña y ahí se detuvieron.

—(No me parece que este sea el lugar, mira nada más, no veo a Percila o a Panchasio) —decía el copiloto.

—(No estoy seguro, pero es tu culpa porque me dijiste que ya habías venido antes).

—(Sí vine antes, pero fue hace mucho... mmm... ¡Ya sé! Entremos a esta construcción y preguntémosle a alguien, estoy seguro de que sí es en este lugar).

Traspasan la pared, y en el interior observan a unas criaturas extrañas que caminan en dos patas.

—(¿¡A dónde fregados nos veniste a traer!? Ve nada más, ¿qué son esas cosas que caminan como nosotros y se parecen a nosotros? Pero tienen armaduras de colores, y eso que les cuelga de la cabeza) —le dice enojado y sorprendido el copiloto al conductor.

Al no saber qué era lo que estaban viendo, se acercaron a uno de esos seres que se encontraba en la habitación, con su largo dedo verde intentaron tocar la cabeza de este, pero parecía que aquel no podía verlos ni sabía que estaban ahí.

—(Mira, este es diferente al de la otra habitación, está arrugada y trae una armadura larga que no se le pega a las piernas, además de esa cosa roja que aprieta su cabeza, ¿será para que no se le salgan las ideas?).

—(No seas tonto, es para que su cerebro no se vaya a volar, si no para qué tendrían esas tiras en la cabeza, son los lazos que amarran su cerebro) —El copiloto se muestra sorprendido ante la gran sabiduría de su compañero y afirma con asombro la idea planteada.

Aquel ser les parece tan interesante que deciden quedarse en esa habitación observando lo que hace. La anciana toma una masa de cera y comienza a moldearla mientras canta. Asustados al escuchar los sonidos que salen de su boca, los amigos se hacen hacia atrás y continúan observándola:

—(¡Aaaay! ¿Este animal se descompuso o qué? Está haciendo ruidos extraños).

—(Sí, y mira esa cosa blanca que aprieta con las manos, seguro que se lo va a comer) —Siguen observando cuidadosamente cómo la anciana habla y aprieta la cera— (¡Qué va! Mira nada más, mi chavo, está haciendo una figura con el cuerpo, igual al suyo, pero nomás sin armadura).

—(A mí se me hace que así es como nacen estos animales, pero no entiendo por qué hace tanto ruido).

Después de que la anciana termina el muñeco, camina hacia la mesa junto a la puerta para tomar algunas herramientas.

—(Ira nomááás, ahí tiene más cosas)
—Ambos se acercan a examinar todos los objetos de la mesa, el copiloto mete el dedo en un vaso lleno de sangre y después se lo lleva a la boca. —(¡Guácala! No pruebes ese aderezo, a mí se me hace que este animal no tiene sentido del gusto).

—(¡No seas animal!) —le dice el copiloto—
(¿Qué no ves que no se lo está comiendo? Le puso a ese hilo y se lo metió a la figura esa, baboso).

—(Aaaaah) —exclamó el amigo mientras se limpiaba la boca.

Los extraterrestres siguieron viendo los objetos de la mesa, pero no entendían qué cosas eran ni para qué.

—(Esas bolitas son ojos, mira, también las tiene ella en la cabeza. Y esto huele a fierro, pero si lo tocas... Auuuuch, esto pica).

—(A ver, trae pa' ca, chillón... aaaah) —Se chupa el dedo— (sí pica).

—(Te estoy diciendo, tarugo, deja de lloriquear y hay que ver qué otras cosas hay).

Siguieron tomando las cosas de la mesa hasta que el canto de la anciana los interrumpió. Ella agarró más cosas y se las puso al muñeco, que ya se parecía más a un humano. Los extraterrestres estaban asombrados del gran trabajo de la mujer, cuando en eso, tomó las agujas y comenzó a pinchar el muñeco de cera mientras recitaba con una voz fuerte y dura cosas que los amigos no podían entender.

—(Pero si el muñeco no chilla) —dijo sorprendido el conductor.

—(¿Será que no está vivo?... espera, percibo algo a lo lejos) —Ambos se conectaron con el sonido y viajaron mentalmente hacia él.

Vieron cómo otro de esos animales chillaba desesperadamente porque le dolía la armadura. Después de un rato de verlo, el copiloto dijo:

—(¡Ya entendí! la arrugada le pica al muñeco y le duele al de allá) —Comienza a reírse a gran volumen mientras el conductor lo observa.

—(No seas tonto, ¿por qué funcionaría así? Se me ocurre una idea, yo me meto al cuerpo de la arrugada y tú al del otro, y así comprobamos que tu teoría es cierta).

Dudoso, acepta, y así cada uno se metió a un respectivo cuerpo. El conductor comienza a picar al muñeco lentamente, pero le parece tan divertido que toma muchas agujas y las encaja en la masa rápidamente mientras se ríe.

—(Aaaaay aaaaaay aaaaaay, ¿pero qué haceees? ¿Qué no ves que sí duele?) —Reclama el copiloto.

—(Ay, compadre, no sea usted chillón, ¿qué no ve que es para comprobar la teoría? Aguántese un ratito).

—(Que ratito ni que nada, ya salte de esa).

Ambos regresan a su respectivo cuerpo, divertidos por la experiencia y felices de haberse perdido en el camino; a lo lejos, el pobre hombre recobra la conciencia y sufre el dolor de los piquetes. Y la anciana, espantada al ver tantas agujas por todos lados, se desmaya.

—(¡No la hagas! Por tu culpa ya se nos pelusqueó la arrugada esta).

—(A mí ni me echas la culpa, fuiste tú quien me dejó hacer el experimento).

Ambos extraterrestres comienzan a pelearse por ver quién tiene la culpa, mientras la vieja sigue tumbada en el piso por el susto y el hombre en una ambulancia de camino al hospital.

LA CALLE DE LAS SOMBRAS

Las calles de la ciudad estaban desiertas debido al calor extremo, el hostigante sol de medio día mantenía a todos en sus hogares. A medida que ascendía, el asfalto y las aceras parecían ondularse como espejos distorsionados, revueltos en medio de ese repugnante olor que emiten las carreteras cuando las hacen y hierven de quemazón. En medio de toda esa desolación caminaba un hombre, extraño, misterioso. Portaba de negro, ni una pizca de color en su vestimenta, un color tan avasallador que parecía llamar cada rayo de luz que tocaba.

Ernesto caminaba con una determinación inusual. A pesar de la vaciedad de las calles y la inminente temperatura, no se detenía. Su andar era metódico, siguiendo un camino que solo él conocía. No parecía consciente de la ausencia de compañía.

A medida que avanzaba, su cuerpo se estremecía sin que pudiera notarlo. Después de un rato, la suela de uno de sus zapatos dejó una marca en el asfalto; una mancha negra, caliente, hervía. Poco a poco, mientras soltaba cada paso, las manchas lo seguían detrás, el calzado se había quedado con un enorme agujero que dejaba al descubierto sus pies. Ernesto parecía ignorarlo, seguía caminando bajo el abrasador calor que devoraba su cuerpo en una disolución lenta y dolorosa.

Le siguieron los tobillos y luego las piernas. Pero nunca se detuvo, seguía el camino, dejando a su paso pequeños charcos oscuros que manchaban la avenida. Se iba consumiendo despacio, mientras su camino se hacía más lento. Después de veinte minutos sus rodillas rozaban el suelo y Ernesto seguía con la mirada clavada hacia adelante. De su frente escurría una cera parecida a la de las velas encendidas, estiraba su cara y la moldeaba como gotas de lluvia bajando

por el vidrio de un auto. Lentamente sus ojos se movían a donde estaría su boca y los grumos de rostro caían al suelo, provocando una ola de sonido ligero y pegajoso. No mostraba signos de angustia, mantenía una expresión serena (en la medida en que su cara existía), casi como si estuviera en vacío. No miraba hacia abajo ni mostraba ningún signo de incomodidad. Sus ojos permanecían fijos en un punto lejano, como si estuviera siguiendo una visión que solo él podía ver.

Los pocos que se asomaban en las ventanas lo observaban, primero tímidos, curiosos, después horrorizados. Los recorría una sensación de inquietud creciente, como si la presencia de Ernesto no fuera simplemente una anomalía física, sino un presagio de algo más oscuro. Los más valientes intentaron acercarse para ofrecer ayuda, pero ni Ernesto los miró ni ellos se detuvieron al ver el escenario que se desarrollaba frente a ellos.

Las sombras proyectadas en el suelo parecían bailar de manera errática a medida que Ernesto se desintegraba. Cada paso que daba parecía una afirmación de su destino inminente. Su andar era como una danza macabra con el sol, una coreografía que él había seguido sin preguntar.

Llegó a un parque desolado, cubierto de pasto marchito, casi quemado. Se detuvo junto a una fuente seca. Se inclinó hacia el fondo, y mientras lo hacía, la luz del sol se reflejó en sus ojos con una intensidad cegadora. En ese momento, su rostro, casi completamente desintegrado, miró hacia el cielo y soltó un último suspiro, a punto de revelar un secreto oculto.

El final fue silencioso. Se sumergió en los contornos de aquel chafariz, chocando como una corriente de río en la presa. La poca piel que quedaba se convirtió en una nube de vapor, disolviéndose en el aire como un fantasma. Solo quedó un charco de líquido oscuro y una sombra en el suelo.

Los que se habían atrevido a observar desde sus escondites comenzaron a salir con cautela. Lo que había ocurrido se convirtió en un misterio sin respuesta. La historia de Ernesto se esparció como un rumor, una leyenda urbana que hablaba de un hombre que caminó hacia su propio destino bajo el sol implacable en una ciudad sin destinos.



MASTICANDO COMPLACENCIAS

I

Una tarde Beatriz se encontraba tumbada en el sillón, con la cabeza colgando del asiento mientras la televisión no paraba de hacer esos extraños ruidos de estática, dio un largo suspiro y después soltó un fuerte grito. Le encantaba gritar cuando estaba aburrida, el eco de su voz llenando todas las paredes del apartamento le hacía sentirse libre por unos segundos.

Nuevamente escuchó el golpeteo de un palo en su techo, el vecino repetía lo mismo todos los días:

—Hasta cuándo tendré que soportarte, maldita perra, ya cállate de una vez —Pero a ella no le importaba, sabía que el hombre tenía un pésimo carácter.

A veces se la pasaba gritando toda la tarde solo para fastidiar al viejo, ponerlo de malas le quitaba el aburrimiento. Se reía como loca una vez que él bajaba y comenzaba a golpear violentamente su puerta, y por cada vez que la insultaba, sus carcajadas eran cada vez más escandalosas. Cómo le gustaba molestar al viejo.

Se acercaba la hora de la cena, su estómago comenzó a hacer ruidos raros que parecen el chillido del mar enojado o de un pollo espinado. Qué fastidio era tener que pararse de ese incómodo sillón, gastar todas sus fuerzas en buscar algo que estuviera decente y en buen estado en el refrigerador, para que después la sed la hiciera perseguir el agua del grifo del que brotaban algas.

Después de la incesante orquesta hambrienta, volteó la cabeza y con gran lentitud se levantó del sillón. Caminó hacia la mesa del comedor, pateando todas las botellas de alcohol que encontraba en el piso, mientras un

largo pasillo de envolturas y migajas de comida alentaban su andadura. Cuando estaba casi por llegar al filo de la mesa de madera apolillada, un suave silbido captó su atención, venía de la ventana que daba a la calle; pronto la mujer había pegado las narices al vidrio, mirando con atención al hombre que pasaba enfrente del edificio mientras la música salía de sus labios.

II

Hacía días que no podía parar, meter cosas a su boca para ingerirlas le resultaba tan satisfactorio. El día anterior había fagocitado una enorme cantidad de rimas que tenía un poeta, había comido tanto que el estómago se le retorcía y el dolor no la dejó dormir.

La semana pasada no se había abstenido de las pelotas verdes que había encontrado en el semáforo, se las había robado un payaso y estaba

haciendo malabares con ellas, mientras el rojo detenía a los coches. Lo vio desde la acera y el enojo la invadió, no podía soportar que aquel sujeto le haya quitado el verde para llenar con él sus pelotas. Su furia la hizo cruzar la calle y golpear al individuo hasta que este las soltó, ella las tomó y de un bocado se las tragó.

III

La mujer corrió a toda prisa a la puerta, dejándola abierta y bajando aceleradamente por las largas escaleras de los ocho pisos. Salió por la entrada principal y volteó la cabeza por todos lados, pero aquel hombre de silbidos ya se había marchado, y ella solo miró sus pies sucios y descalzos sobre el pavimento, mientras las gotas de sudor llenaban su camiseta y dejaban levemente ver su piel. De pronto, a lo lejos escuchó de nuevo el silbido, así que rápidamente volteó la cabeza

hacia donde provenía el sonido. No podía perder la oportunidad de dejar escapar ese silbido, así que, sin dudarlo, se encarreró hacia el objetivo; cuando al fin lo alcanzó, tomó al hombre por los hombros y mirándolo a los ojos, le reclamó:

—Rápido, no puedo perder más tiempo, dame ese silbido ya —El hombre desconcertado la miró y se quedó en silencio por unos segundos, hasta que volvió a hablar.

—¡Te exijo que me des lo que es mío, necesito ese silbido inmediatamente! —Pero el sujeto no decía nada, no entendía lo que decía.

La mujer soltó un fuerte grito que llamó la atención de los que iban pasando por la calle, el hombre comenzó a ponerse nervioso e intentó despegarse violentamente de las manos de Beatriz.

—No puedo soportarlo más, te estoy pidiendo que me lo devuelvas por las buenas —Al ver que él se quedó estático, comenzó a golpearlo fuertemente en el pecho mientras la demás gente se acercaba.

Gritaba y pataleaba como niña pequeña, pero el hombre no soltaba el silbido. Comenzaba a desesperarse, así que tomó sus labios con la punta de los dedos y lo obligó a que soplara. El hombre estaba demasiado presionado por las miradas como para quitarse a Beatriz de encima, así que la desesperación lo hizo silbar suavemente. En eso, ella abrió sus grandes fauces y de un mordisco se tragó el silbido.

IV

El martes se había encontrado con Dante mientras paseaba por el parque, conversaron durante un rato y él le contó que llevaba meses tratando de deshacerse de una bola de estambre mal hecha que no dejaba de seguirlo, se había aferrado a la trabilla de su pantalón y tenía que caminar con ella contra su voluntad.

—Es una gran molestia, un día, buscando unos documentos en el baúl de mi madre, la encontré debajo de un montón de cajas. La desempolvé y como por arte de magia terminó enredándose en la trabilla. Lo misterioso es que por más que me muevo, no se deshace, es como si fuera su forma natural arrastrarse por los suelos tras de mí.

Beatriz escuchó atentamente el relato y seguido de una breve meditación no pudo dejar de observar aquel estambre en tonos rojos que colgaba del pantalón de su amigo. Era como si aquella madeja le estuviera implorando que se la tragara; no hizo falta mucho esfuerzo para convencer a su amigo de que la acompañara a su apartamento. Al llegar ahí, ella le ayudó a deshacerse de la molestia cocinando en sopa el estambre y ambos disfrutaron de una gran cena en su mugriento comedor.

V

188

Poco tiempo después de su primera visita al doctor, a Beatriz le habían diagnosticado carestía aguda. Por supuesto que ya lo sospechaba, los últimos viernes se dio un atracón de pastillas para la tos con un litro de anticongelante, y a pesar de que su desayuno le había parecido llenador, no pudo abstenerse de ir a aquella tienda de la calle 37, donde vendían CDs de pistas, todos llenos de colores. Ah, cómo le gustaban los colores, eran su aperitivo favorito.

Recordó que hace poco la vecina del piso de abajo se había quejado por la incontenible cantidad de aserrín que salía del inodoro. Beatriz sabía que eso era muy molesto, pues una vez a su madre le pasó igual y tuvieron que llamar al fontanero para que cambiara el aserrín por algo más líquido. El aserrín ya era cosa del pasado, lo de ahora era el lodo.

—No se preocupe, seguro que puedo ayudarla con eso —le dijo a la vecina con una dulce sonrisa.

Entraron a la casa e inspeccionó el baño, dio un vistazo rápido a la llave del lavadero, pero ahí también había fuga de aserrín.

—Caramba, vaya que tenemos un problema —le dijo con voz dudosa a la mujer—, pero nada de qué preocuparse, en un segundo lo arreglamos.

Subió a la azotea del edificio, ahí encontró una enorme caja de aserrín y una manguera suelta. Dio un gran respiro y de un bocado se tragó toda la caja, ¡cómo le gustaba el aserrín!, le recordaba a aquellos tiempos en los que su mamá cocinaba frijoles y los espolvoreaba con queso, aquella sensación de texturas en su boca le resultaba tan reconfortante. Conectó la manguera suelta a una llave cercana y bajó a revisar el baño nuevamente.

—Muchas gracias, muchacha, toma estos algodones para que hagas una rica ensalada.

Gustosa, se fue, pues ahora tenía suficiente para la cena y el desayuno.

VI

—No hay manera... no hay manera —decía Beatriz, mientras daba vueltas por el frío piso de la habitación.

Su desesperación comenzó a llenarle la cabeza de pensamientos sin sentido mientras se frotaba las manos nerviosamente. La semana pasada había usado una sudadera verde limón que había comprado recientemente, pero esta mañana al sacarla del clóset se había dado cuenta de que el color no estaba, se convirtió en una sucia y aburrida sudadera. No había otra cosa en el mundo que le molestara más que se robaran sus colores.

Pasó toda la tarde tratando de recordar dónde pudo haberlo dejado, pero no tenía

sentido, en ningún momento había salido del apartamento el día que traía puesta la sudadera. La única cosa que había entrado a su cuarto fue la mosca que estaba en su comida de antier, así que entonces lo supo... aquel animal había sido el que le había arrebatado su color y se lo había llevado a quién sabe dónde, porque cuando la buscó ya había escapado por la ventana.

Salió a la calle a buscar a la mosca y fue entonces cuando se topó con ese asqueroso payaso, él había mandado a la mosca a robarle... desde pequeña había odiado a los payasos.

VII

—Mañana será día de mercado, ¿ya preparaste la lista de cosas?

—Desde hace una semana está lista, pero como eres tan ciega no puedes darte cuenta de que la dejé pegada en la puerta del refrigerador

desde el viernes —la mujer refunfuñó para sus adentros.

—¡Cómo sea!, no es tan importante igual —y ambas caminaron hacia el espejo del comedor.

—Mira qué mal te ves, no puedes salir con esa camisa tan blanca, le hace falta un delicioso color. ¿Qué me dices de un azul... o un café? O mejor aún, un rojo intenso quemado.

Beatriz miraba su reflejo en el espejo y el de aquella mujer parada a un lado, eran exactamente iguales. Pero la voz de aquella era áspera y seca, mientras que la suya era dulce y cálida.

—¡TE DIJE QUE VAMOS A IR AL MERCADO! —gritó al espejo—. No me importa que te moleste la gente.

Parpadeó lentamente y al abrir los ojos se dio cuenta que la mujer sostenía la mirada hacia su reflejo. Pronto se juntaron ambas figuras y las mujeres volvieron a ser una Beatriz.

—Hace tiempo que no comemos ganso, vayamos por uno...

ETIQUETAS DE CONFIDENCIALIDAD

El sonido de la fricción de la punta con el suelo llenaba la habitación, los rostros se enfocaban con desdén en aquella figura de madera que les mostraría premio o castigo. Les encantaba apostar con la pirinola porque nadie la podía cargar, no importaba cuánto intentaras girarla a tu favor, tenía conciencia propia y lo haría como le plazca. En algunas ocasiones se dejaba llevar por el viento de la ventana, siguiendo su danza, pero cuando estaba holgazana solo se dejaba girar un par de veces y las apuestas caían.

La última vez que estuvo bien fue un martes, los hombres barbudos la habían estado girando toda la noche, estaba cansada y harta. Durante una de las partidas, el más gordo lo perdió todo, enfureció tanto que la lanzó con fuerza a la pared. Se llenó de cólera, una cosa era que la

usaran, pero otra era que la maltrataran, así que decidió no jugar más.

—Hombre, no seas mal perdedor, aquí todos hemos dejado hasta los caballos y no nos peleamos.

Al hombre gordo no le importó, estaba molesto porque se había quedado sin un solo peso, se paró de la mesa y se fue azotando la puerta. Otro levantó la pirinola del suelo y la puso de nuevo en la mesa. Después de una ronda de tragos decidieron volver. Ella puso objeción, se negaba a girar para su diversión.

—Dale la vuelta ya —gritó.

—Es que no puedo, es como si se hubiera clavado en la mesa.

Lo siguieron intentando, pero no había resultados. Les parecía muy extraño, ya no se despejaba de la mesa. En eso, una corriente de aire frío entró susurrando por la ventana, la pirinola giró por sí sola y, al igual que ella, todo rodó.

Los hombres tuvieron una extraña sensación, no fue hasta que uno habló que se dieron cuenta de lo que pasaba.

—?Ḑnḑ jnḑ əsoḑ —miró su botella, pensó que estaba borracho.

—?Ḑoḑ bnḑ ḥqḑllḑs əsḑ? —preguntó el hombre, pero inmediatamente al darse cuenta de que él también pronunciaba así se llevó las manos a la boca y se asustó.

—[əjəjə] əstəḥ dḑrḑḑḑḑs, ḑḑḑḑ ḑḑsḑḑḑḑḑḑḑ.
Pero al escucharse, se le quitó la sonrisa.

—?X əḥḑḑ nḑsḑḑḑ ḑḥḑḑ?

Ninguno quiso hablar, se habían quedado mudos de la impresión, tanto que no se percataron de la pirinola, que seguía girando con gran velocidad en la mesa. Se estaba divirtiendo mucho con el cambio, al fin esos tristes sujetos entenderían que no debían dar todo por hecho. Ya nadie quiso jugar, les parecía macabro seguir ahí. Se levantaron para irse, pero en cuanto quisieron caminar, los pies se les movían hacia

atrás. Le exigían a sus piernas ir hacia adelante, y giraban al lado contrario. Uno se puso a llorar, o lo intentó porque en vez de lágrimas le salió una risa rara que sonaba más a *fa!fa!fa!*.

Estaban muy confundidos, pensaron que estaban mareados en el mismo barco, alucinando igual. Se miraban, y aunque querían estar tristes y gritar, su organismo los obligaba a sonreír y ser felices. No soltaron ni una sola palabra, se quedaron parados toda la noche.

Mientras pensaban en cómo salir de la pesadilla, se percataron que en su mente todo estaba al revés. Recordaban el futuro y no sabían nada de su pasado, ya no sabían quiénes eran, porque en vez de adultos viejos se veían como niños. Tenían las manos en los pies y la lengua de fuera.

Al final, el hombre gordo regresó después de un rato, y al verlos volteados y deformados se rio tan fuerte que el alma se le salió, entrando en el sueño que pasaba el mundo esa noche. Mientras,

el sol que ahora dormía en el día y esperaba a la luna pensaba: Los juegos de apuestas son complicados, a veces te toca arriba, a veces muy abajo, a veces adelante, a veces atrás.

Otros títulos

La piel que se escabulle
Michelle Gómez Álvarez

El polvo de la muerte
Salim Leonardo Moranchel Contreras

El crimen de Mariana Jobs
Maileth Patiño Ensastegui

El sueño eterno
Xavier Haller

Nostalgia hermética
Ariel Figueroa Gómez

El reflejo del alma
Luz María Morales Nájera

Resplandor en las tinieblas
Gustavo Marín Flores

Taciturno
José Pablo Reyes Montes de Oca

Sucedió en Pasajeros
Lupita Archundia

Matlatzincó
César Flores González

Entre lo oculto y lo perdido es una serie de cuentos de terror, fantasía y ciencia ficción. La autora utiliza, a lo largo del texto, recursos ya explotados en el terror, como el espejo, el paso del tiempo o no tiempo, estatuas que cobran vida o la obsesión de un hombre con un pájaro. A pesar de esto, la autora se anima a usar su imaginación y crea cuentos bien logrados, como “Encarcelado en el laberinto de palabras”, “¿Y la señora?” o “El reflejo”, o el que considero el mejor: “Etiquetas de confidencialidad”, en donde una pirinola se reniega a girar. La autora también nos divierte con historias como “Centro Vacacional para Extraterrestres A. C”, que trata de seres alienígenas visitando la Tierra, más concretamente, México. Es normal, en un conjunto de cuentos, que en ocasiones el pulso narrativo se pierda y unas narraciones se sientan menos “buenas” que otras; este tomo no es la excepción; sin embargo, Serrano Solache se atreve a usar su imaginación y cuida su prosa. Otro mérito, probablemente incalculable, es que la autora se anima a situar sus narraciones en México: aparecen pueblitos mexicanos, se habla de pesos mexicanos o del Ángel de la Independencia de la Ciudad de México, etc. Esto, que puede parecer cosa menor, enaltece la obra, haciéndola legítima y original.

Guillermo Gaxiola

SDC